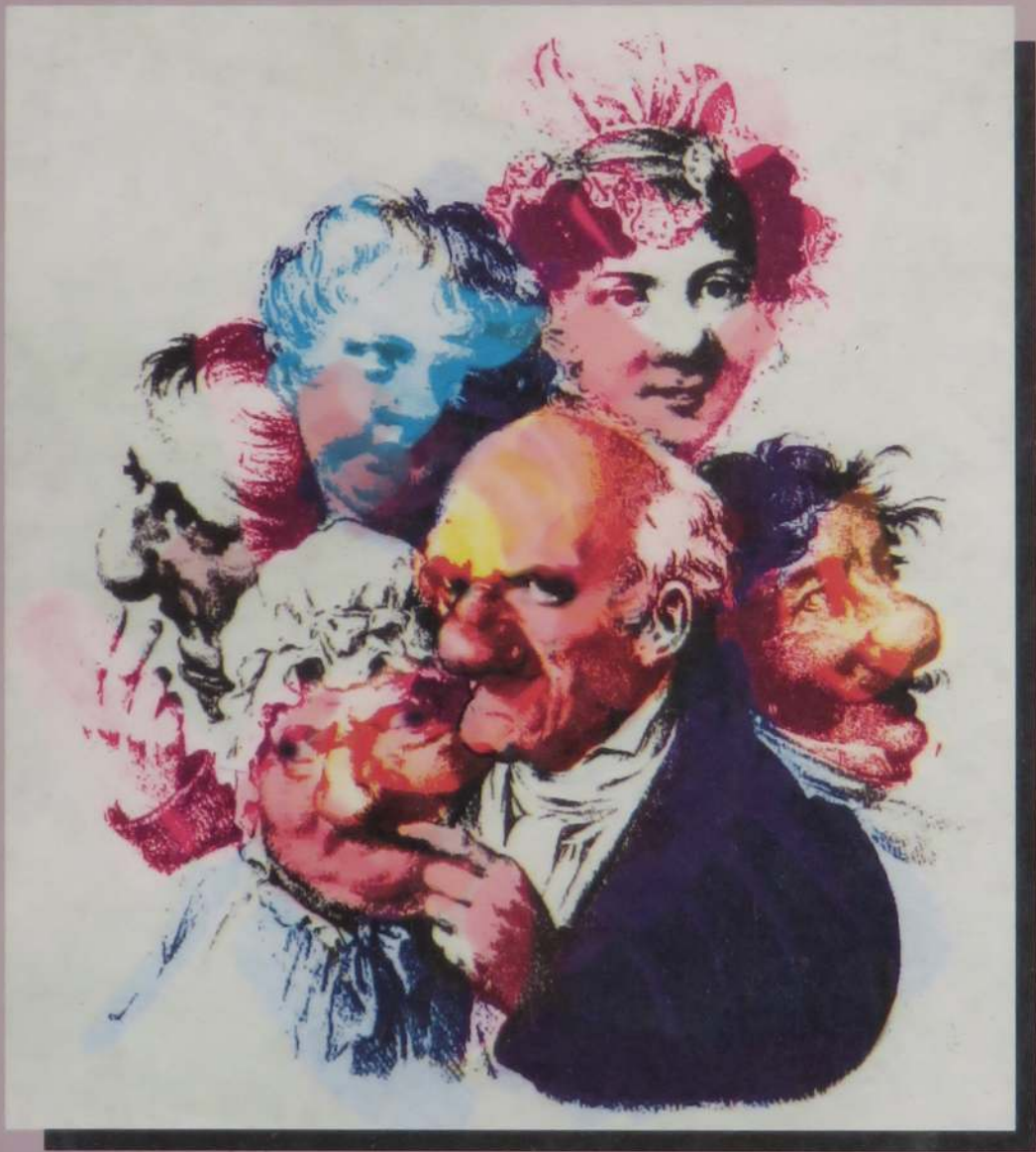


Julio Ardiles Gray

EL CASAMENTERO

Y OTROS CUENTOS CON VIEJOS



Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano

Nacido en Monteros, Tucumán, en 1922, Julio Ardiles Gray fue uno de los fundadores del movimiento de *La Carpa* que tanta influencia tuvo en la poesía del Noroeste argentino. Además de sus libros de poemas, ha escrito varias novelas. La primera de ellas, *Los amigos lejanos*, obtuvo el Primer Premio en el Certamen Nacional de Jóvenes Novelistas organizado en 1949 por la Sociedad Argentina de Escritores. Este libro fue el comienzo de una saga de seis tomos donde al mismo tiempo que se cuenta la vida de una familia tucumana, se describe el clima histórico de la provincia desde la epidemia de cólera en el siglo pasado hasta nuestros días. Asimismo, Julio Ardiles Gray es autor teatral y traductor del francés, portugués e italiano. Este libro de cuentos se suma a otros tres anteriores: *Cuentos amables...*, *Historias de taximetreros*, y *La noche de cristal*.

EL CASAMENTERO
Y OTROS CUENTOS CON VIEJOS

Para David Lagmanovich
Con el apelo de su
querido nieto

David

97

863an (D3)

003843

Julio Ardiles Gray

**EL CASAMENTERO
Y OTROS CUENTOS
CON VIEJOS**

**BIBLIOTECA DE LETRAS
Donación
de Inés y David
Lagmanovich**

Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano

Colección ESCRITURA DE HOY

1ª edición

ISBN 950-694-496-2

© 1997, by Julio Ardiles Gray

© 1997 de la primera edición, by Grupo Editor Latinoamericano S.R.L., José A. Cabrera 3070, (1186) Buenos Aires, Argentina. Tel./Fax 962-7172.

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso y hecho en la Argentina. Printed and made in Argentina.

Colaboraron en la preparación de este libro:

Diseño de tapa: Pablo Barragán. Composición y armado: José-Luis ~ Servicios Gráficos. Impresión: OffsetDifo. Películas de tapa: Solución Gráfica S.A.. Encuadernación: Proa S.R.L. Se utilizó para el interior papel CB de 80 g y para la tapa cartulina Chambryl de 240 g provistos por Copagra S.A.

Y' a tout à l'heur'
Quinze ans d'malheur
Mon vieux Léon
Que tu es parti
Au paradis
D' l'accordéon...

GEORGES BRASSENS, *Le vieux Léon.*

"Poco a poco los muertos se van apoderando de mis sueños."

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO, *AMBAGES.*

EL CASAMENTERO

Para Inés Ducca, Sofía Gianserra y Noëlle Supervielle.

—Anoche volví a casar difuntos que no se conocían ni podían haberse conocido porque eran de edades diferentes —dijo el viejo Andrés.

—Son las ensaladas de pepinos que te caen mal —le contestó su mujer mientras revolvía tranquilamente su café con leche. No tienes que comer pepinos, ni sandías, ni melones. Ya te lo ha dicho el médico —insistió la mujer, mirándolo por encima de los anteojos.

El viejo Andrés levantó los hombros y comenzó a silbar bajito. La mujer, a su vez, sintió que le hervía la sangre. Era un desobediente: no se hacía tomar la presión en forma regular, no se hacía los análisis de colesterol ni los de glucemia. Tampoco iba al oculista; hacía tiempo tenía dificultades para leer y, cuando lo hacía cerraba el ojo izquierdo.

—Sin embargo —agregó el viejo Andrés, haciéndose el distraído—, es muy divertido ser casamentero de difuntos. Me río a mares.

—¡Estás loco! —dijo la mujer a punto de explotar y se levantó para no hacerlo. Se llevó la taza a la cocina y también los restos de pan blanco para que su marido no se los comiera.

—Te diré que mis casamientos de difuntos no son pesadillas. Las pesadillas te ponen los pelos de punta, como cuando sueñas que estás en un incendio y que los bomberos tardan en llegar para salvarte o que un monstruo te persigue por un camino oscuro donde nadie te puede auxiliar.

—¡Yo no sueño tonterías! — gritó la mujer desde la cocina.

—¡Yo sí, y te aseguro que son muy divertidas!

Y se rió para sí, moviendo lentamente la cabeza como si estuviera viendo todavía la imagen del sueño que se proyectaba en una suerte de pantalla de cine gigantesca que también lo incluía a él.

Anoche había hecho casar a la solterona del pueblo, donde había nacido, pero cuando ésta era joven. El candidato era un amigo suyo, marinero como él, pero mucho más joven, al cual había conocido en Nueva York en uno de sus viajes y que había muerto en un naufragio. La solterona, por su parte, había muerto hacía pocos años, vieja y arrugada, devota siempre de un mismo santo, la única fidelidad masculina que le era conocida.

Cuando la soñaba, la soñaba joven, rubia, con una gruesa trenza que le caía hasta más abajo de la cintura, parada en la puerta de su casa al atardecer de un día de verano, fresca como si recién se hubiera bañado y perfumado, con su vestido de organza blanco con grandes flores azules. No podía soñarla vieja y arrugada, arrastrándose por la nave central de la iglesia con la ayuda de un bastón, en busca de su santo preferido. Le daba pena que algo tan hermoso y fresco hubiera envejecido y se hubiera muerto sin haber conocido el amor.

Seguramente ahora, en el mundo de sus sueños, era feliz con Peter, el marinero de Nueva York. Estaba seguro porque no había vuelto a soñarlos más. Seguramente porque ambos no lo necesitaban. Y por ello presumía que en algún recoveco de sus sueños seguían siendo felices.

Y ésa era la pareja número veintitrés que había hecho casar. A mucha gente había conocido en sus viajes, en sus

tiempos de marino mercante. Gentes diferentes, algunas de las cuales se llevaban años entre sí, pero en el tiempo del sueño eran jóvenes como cuando las había conocido, como si el tiempo no hubiera pasado, como si todo estuviera suspendido y, abolida la corriente de los días, los meses, las estaciones, los años degradantes y las enfermedades que corroen el cuerpo. Siempre sonrosados, siempre felices y, sobre todo, rodeados de buen tiempo: nada de inviernos, nada de frío, con los paisajes siempre en primavera.

Esa noche decidió no comer pepinos encurtidos. Quería demostrarle a su mujer que esas cucurbitáceas nada tenían que ver con sus sueños casamenteros. Tampoco era su diabetes porque había ido al médico y los análisis le daban un coeficiente tolerable. No le importaba, si era el colesterol ni ninguna otra causa. Le importaba sí, que se divertía a lo grande haciendo casar a difuntos que jamás en su vida se habían conocido. Y era por eso que no veía la hora de que llegara la noche para apagar la luz de su mesita, darse vuelta hacia el costado izquierdo y encender la enorme pantalla dentro de la cual penetraba, seguido por algunos de sus fieles difuntos, faltos de amor, tímidos enfermizos, paralizados por la culpa y el miedo al pecado, como le había ocurrido a él en su adolescencia hasta que logró liberarse de su madre y de las tías y de las abuelas que lo aterrorizaban con todos los fuegos y todos los tormentos del infierno y no lo dejaban pensar en las redondeces de sus primas y de las amigas de sus primas que comenzaban a ser señoritas.

Esa noche se puso a leer un libro sobre política, o mejor dicho, simuló leerlo hasta que su mujer dejó de hacer ruidos de cepillos y de buchets en el baño y vino a la cama y se acostó hacia el lado derecho, como todas las veces, y gruñó algo así como "Buenas noches" y a los pocos minutos se puso a roncar y a hacer gorgoritos como si en la garganta tuviera a la vez un sapo y un canario.

Cuando vio que su mujer estaba muy dormida, porque los ruidos bucales habían cesado, cerró el libro, apagó la luz y cerró los ojos.

Muy pronto se vio caminando por el camino de tierra que llevaba a la laguna de El Cargadero, cerca de su pueblo, a donde iba a pescar bagres con su tío Juanito.

Como en todos sus otros sueños el sol resplandecía pero no sentía calor. Era un sol de primavera en las puertas mismas del verano. El tío Juanito iba silbando un tango viejo. Llevaba su caña de pescar en la mano izquierda y el tarrito con lombrices en la derecha. El sobrino llevaba una bolsita de lienzo para poner los bagres. A poco andar, Andrés le preguntó:

—Tío Juanito, ¿por qué se quedó soltero?

El tío Juanito dejó de silbar y levantó los hombros:

—Cosas del destino —dijo, y siguió silbando.

Después de un momento, Andrés le susurró:

—Todavía está a tiempo.

El tío Juanito dejó otra vez de silbar y se detuvo en seco:

—Creo que ya es tarde. Voy a cumplir los cincuenta y cinco años y nadie en el pueblo querrá casarse con un solterón. Sobre todo por miedo a la viudez.

Volvieron a caminar pero esta vez el tío Juanito ya no silbó su tango viejo. De pronto, Andrés le dijo:

—Ahora usted es joven y yo le tengo una novia.

El tío Juanito se detuvo, intrigado:

—¿Dónde? —preguntó, con cierta ansiedad.

—En Francia, en París, donde vivía hace muchos años —le respondió Andrés.

—¡Bah! —dijo el tío Juanito—. Eso está muy lejos. Yo creía que era por aquí, en la provincia.

—¡Pero París está cerca de aquí! —insistió Andrés.

—¿Dónde?

—A un kilómetro a la izquierda, antes de llegar a la Laguna de El Cargadero.

El tío Juanito meditó un rato y luego dijo:

—¡Y... bueno... si no es tan lejos...!

Tomaron a la izquierda por el primer camino que encontraron y caminaron algo así como una media hora. De pronto se encontraron con una colina.

—¡Qué extraño! —dijo el tío Juanito—. Yo creía que París quedaba más lejos.

—Ahora todo queda cerca. Basta con que a mí se me ocurra para que todo esté al alcance de la mano —le contestó con orgullo el sobrino.

Bajaron la colina. Allí estaba París reluciendo a la luz insolente del sol del mediodía. Se encontraron con una boca del Metro en cuya entrada se leía: *Mairie d'Ivry*.

Andrés se dio cuenta de que el tío Juanito caminaba con miedo. Después de un momento el tío preguntó:

—¿A dónde vamos?

—A casa de Heloïse, mi amiga —le contestó Andrés—. Ella vive cerca del *Pont Mirabeau*. Es la chica que quiero presentarte.

El tío no dijo nada. Descendieron las escaleras. En el andén no había nadie como así tampoco en el tren que llegó silenciosamente. Las puertas del vagón se abrieron y entraron. El tren partió tan silencioso como había llegado.

—No hay nadie... —comentó, tímidamente, el tío Juanito.

—He decidido que nadie viaje para que no nos molesten —dijo con orgullo Andrés. Se bajaron en otra estación llamada *Jussieu*. Anduvieron por corredores y escaleras desolados. Al final desembocaron en otro andén justo en el momento que llegaba un tren, también vacío.

—¿Qué edad tiene la chica? —preguntó, tímidamente, el tío Juanito.

—Unos veinticinco años, como usted ahora —le respondió Andrés.

—Pero yo tengo más de cincuenta —insistió, tristemente, el tío Juanito—. Soy un tanto viejo para ella.

—Eso era antes —le contestó el sobrino con firmeza—. Ahora he decidido que usted acaba de cumplir los treinta.

Pasaron varias estaciones. Andrés vio que el tío Juanito se miraba en un espejo y decía en voz baja:

—¡Es verdad...! ¡Es verdad...!

Luego agregó en voz alta:

—Pero, ¿cómo voy a ir con este traje...? ¿Qué va a decir esa niña...? Ésta es la ropa con la cual voy a pescar... ¡Mirá los pantalones...!

Andrés miró la ropa del tío Juanito pero no vio la ropa de pescar sino el traje Palm Beach con el cual había ido al baile de fin de año, en 1930, del Club Social. Además, llevaba puesto un *canotier* como el que tenía en una foto muy vieja, color sepia, que estaba en su dormitorio.

—Está muy bien así —le dijo Andrés—. Ése es un traje muy fresco porque casi estamos en verano... Además, con el *canotier* tiene un aspecto distinguido. Creo que va a hacer una buena impresión...

Por fin llegaron a la estación *Mirabeau*. Subieron una escalera muy larga y se encontraron con una calle llena de castaños. Todos estaban florecidos.

—Tiene que comprar un ramo de rosas para llevárselo a Heloïse —dijo el sobrino—. En la esquina hay una vendedora que es amiga mía. Es la señora Marcelle.

—¡Pero no sé hablar francés! —gimió el tío.

—Tampoco hace falta —le dijo Andrés—. Usted hable que ahora todo el mundo lo va a entender.

Compraron las flores y caminaron dos cuadras. Andrés tocó el timbre de una puerta cochera y ésta se abrió. Ambos entraron. Subieron tres pisos por una escalera empinada. En el palier, Andrés pensó un momento, luego se decidió y tocó el timbre de la puerta de uno de los departamentos. Esperó un rato. Se escucharon pasos y una voz femenina dijo:

—¿Quién es?

—¡Soy yo, Andrés! Te traigo una visita que quiero que conozcas. Es mi tío Juanito, de Tucumán, Argentina.

Sintió cómo descorrían un pasador y la puerta se abrió. En el marco apareció una joven, de ojos celestes, que sonreía y al sonreír se le hacían dos hoyuelos en ambas mejillas. Tenía puesta una falda celeste y una blusa blanca.

—¡Andrés! —dijo la muchacha—. ¡Hace tiempo que no te veía!

—Te presento a mi tío Juanito —dijo Andrés, y volviendo la cabeza le dijo al tío en voz baja:

—¡Las flores, tío!

El tío Juanito estiró la mano y le alcanzó el ramo de pimpollos de rosas.

—¡Son para usted! —dijo con un hilo de voz.

—¡Qué amor! —exclamó Heloïse—. No se hubiera molestado. ¿Quieren pasar?

—No —dijo Andrés—. Hemos venido para invitarte a almorzar en el Bois de Boulogne, y después a remar en una de las canoas del Lago Inferior; más tarde veremos el desfile del 14 de julio y luego iremos a bailar en una *guinguette* de Nogent-sur-Marne.

—¡Qué amables! —dijo Heloïse—. Esperen que me pongo un sombrero porque el sol ya pica.

Entró precipitadamente. El tío Juanito preguntó con un hilo de voz:

—¿Andar en canoa? ¿Remar...? Yo no sé...

—¡Claro que sabe! Ahora lo sabe todo. Ya le dije que no hace falta aprender nada. Usted lo sabe todo.

Heloïse volvió con un sombrero de paja de Italia, de alas muy anchas, una capelina. Tenía una cinta verde y un ramito de muguét a un costado.

Bajaron las escaleras y salieron a la calle.

—¡Es raro! —dijo Heloïse contemplando los castaños—. Todavía están florecidos y ya estamos casi en verano.

—Ahora todo es posible —dijo Andrés sonriendo maliciosamente.

El tío se cubrió la cabeza con el *canotier* para cuidarse del sol. Andrés lo hizo pasar al medio.

Cuando pasaron frente a la Place de Barcelone para tomar la calle Rémoussat buscando la de Auteuil y entrar en el Bois, Heloïse se volvió y le dijo a Andrés:

—¿Todavía te acuerdas del poema de Apollinaire que me decías cuando venías a buscarme con Maryvonne?

Andrés hizo memoria:

—“Bajo el puente Mirabeau
corre el Sena...”

—¡Eso...! ¡Eso! —dijo Heloïse.

Andrés se detuvo, luego movió la cabeza con tristeza:

—El resto se me olvidó... —dijo.

Los tres entraron en el Bois de Boulogne y tomaron por la alameda de Los Lagos. Pronto estuvieron frente al Lago Inferior.

—¡Ya sé...! ¡Ya sé...! —dijo Heloïse—. Vamos al restaurante que está en la isla, en medio del lago... El restaurante se llama “L’île flurie”... Allí siempre veníamos con los amigos... ¡Lástima que ahora no puedan venir!

—Nos estarán esperando en la “Guinguette” de Nogent-sur-Marne —dijo orgulloso Andrés.

Subieron al pequeño trasbordador, llegaron al restaurante y eligieron una mesa que estaba debajo de uno de los inmensos parasoles. El tío Juanito se acercó a Andrés y le dijo muy bajo, al oído:

—¡Yo no tengo dinero...!

Andrés se rió:

—No hace falta... Ahora no hace falta... Aquí todo es gratis...

—¿Y desde cuándo? —preguntó, azorado, el tío Juanito.

—Desde ahora... París ahora es así... todo es gratis...

Se sentaron a la mesa y vino un mozo en mangas de camisa, con chaleco negro de terciopelo. Repartió el menú.

—A mí tráigame una triple ensalada de pepinos. Ahora puedo comer pepinos sin que me estén protestando —dijo Andrés.

Heloïse pidió una ensalada *niçoise* y luego un conejito a la crema. El tío Juanito dijo tímidamente:

—¿Puede ser una milanesa con puré y de postre queso fresco con dulce de batata?

El mozo levantó la nariz como diciendo: "¡Qué ordinario!", pero anotó el pedido.

—¿Y como bebida? —preguntó el mozo.

—Para mí, un Saint-Emilion tinto —dijo Heloïse.

—Yo prefiero una selección Côte de Provence, rosado —dijo Andrés, sin vacilar.

—Tráigame una gaseosa —se apresuró a decir el tío Juanito.

El mozo redobló su gesto de asco y se marchó.

Como postre, Heloïse comió peras en almíbar y Andrés puré de castañas con crema de leche.

—¿A qué hora es el desfile del 14 de julio? —preguntó, tímidamente, el tío Juanito.

—No tiene horario —dijo triunfal Andrés—. Nos esperarán hasta que nosotros lleguemos. Aquí, ahora, los horarios están al servicio de nosotros y no nosotros al servicio de los horarios. Puedes tomarte todo el tiempo que quieras porque en París, ahora, ha sido abolido el tiempo. Si uno quiere pueden ser las cinco de la mañana o las cinco de la tarde. Y puedes de nuevo volver a las 10 de la mañana. Porque todo pasa dentro de un mismo día, en este inmenso día de primavera muy cercano al verano.

El tío Juanito movió la cabeza entre pensativo y alegre:

—¡Qué interesante...! ¡Qué interesante...! —dijo.

—Ahora tiene que llevar a Heloïse a pasear en canoa y demostrarle que usted es un buen remero —dijo Andrés, después de haber terminado su postre.

Heloïse lanzó una de sus carcajadas de campanita de plata. Tomó de la mano al tío Juanito y lo arrastró hacia una de las canoas que estaban amarradas en el muelle.

Cuando volvieron, Andrés aprovechó para hablar con Heloïse en el momento en que el tío Juanito se había ido a los lavabos.

—¿Y...? —le preguntó—. ¿Qué te dijo?

—Me contó un poco de su vida, cómo es el pueblo donde vive, qué hace los días domingos cuando va de pesca...

—¿Y nada más?

—Nada más... ¿Qué más tenía que decirme?

Andrés meditó un momento y luego dijo:

—Se va a quedar solterón otra vez. Tendré que quedarme hasta sacar esto adelante...

Cuando el tío Juanito volvió, preguntó por el desfile del 14 de julio.

—Nos están esperando para comenzar —dijo Andrés—. Ahora todo se hace cuando yo quiero.

Y partieron los tres hacia el desfile.

Cuando salieron del subterráneo, en la estación "George V", no había nadie en la gran avenida.

—¿Qué pasa? —dijo Heloïse.

—Es que el desfile será para nosotros solos —dijo, muy ufano, Andrés—. Las cosas ahora se hacen como yo quiero.

—¡Qué raro! —dijo el tío Juanito.

Un auto blindado vino hasta donde estaban los tres y

un enorme general, lleno de condecoraciones, les pidió permiso para comenzar el desfile. Andrés asintió con la cabeza. El auto se marchó. A lo lejos, de pronto, comenzó a sonar el ritmo de una banda militar. Pasaron tres aviones, muy bajo, en dirección al Arco de Triunfo y cada uno lanzó, al mismo tiempo, una cortina de humo: el primero, una azul; el segundo, una blanca; y el tercero, una roja.

—¡Son los colores de la bandera francesa! —dijo orgulloso Andrés.

La banda militar se acercaba cada vez más. De pronto, el tío Juanito se dio cuenta de que se trataba de la Legión Extranjera.

—¡La Legión! —dijo luego, abriendo la boca como si la mandíbula se le hubiera despegado.

—¡Precisamente! —le aseguró Andrés—. Es lo único que desfilará hoy.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó angustiada Heloise.

—Ocurre que este 14 de julio es muy especial. Harán lo que a mí me gusta. Y de todo el desfile militar a mí sólo me gusta el paso de la Legión Extranjera.

No había terminado de decir la última palabra cuando la bandera de la Legión y su banda de música comenzaron a pasar frente a los tres. El "sombrero chino" marcaba el compás de la marcha militar. Estaba manejado por un grandote, muy barbudo, que llevaba un mandil de cuero.

—¡Qué cosa más rara! —dijo el tío Juanito.

—Es el "sombrero chino" —Dijo Andrés, muy sabihondo—. Es una especie de platillo gigante colocado en la punta de un palo al que hace sonar rítmicamente, marcando el compás, el hombre que lo maneja.

El hombre del "sombrero chino", al pasar frente a los tres, volvió la cabeza y les guiñó un ojo. Andrés dijo con orgullo:

—¡Veo que el gran Mimile no me ha olvidado!

El tío Juanito movió la cabeza entre pensativo y alegre:

—¡Qué interesante...! ¡Qué interesante...! —dijo.

—Ahora tiene que llevar a Heloïse a pasear en canoa y demostrarle que usted es un buen remero —dijo Andrés, después de haber terminado su postre.

Heloïse lanzó una de sus carcajadas de campanita de plata. Tomó de la mano al tío Juanito y lo arrastró hacia una de las canoas que estaban amarradas en el muelle.

Cuando volvieron, Andrés aprovechó para hablar con Heloïse en el momento en que el tío Juanito se había ido a los lavabos.

—¿Y...? —le preguntó—. ¿Qué te dijo?

—Me contó un poco de su vida, cómo es el pueblo donde vive, qué hace los días domingos cuando va de pesca...

—¿Y nada más?

—Nada más... ¿Qué más tenía que decirme?

Andrés meditó un momento y luego dijo:

—Se va a quedar solterón otra vez. Tendré que quedarme hasta sacar esto adelante...

Cuando el tío Juanito volvió, preguntó por el desfile del 14 de julio.

—Nos están esperando para comenzar —dijo Andrés—. Ahora todo se hace cuando yo quiero.

Y partieron los tres hacia el desfile.

Cuando salieron del subterráneo, en la estación "George V", no había nadie en la gran avenida.

—¿Qué pasa? —dijo Heloïse.

—Es que el desfile será para nosotros solos —dijo, muy ufano, Andrés—. Las cosas ahora se hacen como yo quiero.

—¡Qué raro! —dijo el tío Juanito.

Un auto blindado vino hasta donde estaban los tres y

un enorme general, lleno de condecoraciones, les pidió permiso para comenzar el desfile. Andrés asintió con la cabeza. El auto se marchó. A lo lejos, de pronto, comenzó a sonar el ritmo de una banda militar. Pasaron tres aviones, muy bajo, en dirección al Arco de Triunfo y cada uno lanzó, al mismo tiempo, una cortina de humo: el primero, una azul; el segundo, una blanca; y el tercero, una roja.

—¡Son los colores de la bandera francesa! —dijo orgulloso Andrés.

La banda militar se acercaba cada vez más. De pronto, el tío Juanito se dio cuenta de que se trataba de la Legión Extranjera.

—¡La Legión! —dijo luego, abriendo la boca como si la mandíbula se le hubiera despegado.

—¡Precisamente! —le aseguró Andrés—. Es lo único que desfilará hoy.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó angustiada He-loïse.

—Ocurre que este 14 de julio es muy especial. Harán lo que a mí me gusta. Y de todo el desfile militar a mí sólo me gusta el paso de la Legión Extranjera.

No había terminado de decir la última palabra cuando la bandera de la Legión y su banda de música comenzaron a pasar frente a los tres. El "sombrero chino" marcaba el compás de la marcha militar. Estaba manejado por un grandote, muy barbudo, que llevaba un mandil de cuero.

—¡Qué cosa más rara! —dijo el tío Juanito.

—Es el "sombrero chino" —Dijo Andrés, muy sabihondo—. Es una especie de platillo gigante colocado en la punta de un palo al que hace sonar rítmicamente, marcando el compás, el hombre que lo maneja.

El hombre del "sombrero chino", al pasar frente a los tres, volvió la cabeza y les guiñó un ojo. Andrés dijo con orgullo:

—¡Veo que el gran Mimile no me ha olvidado!

—Igual que en la película *Beau Geste* —dijo el tío Juanito—. Yo creía que la Legión sólo existía en el cine. Pero en verdad, existe.

La Legión terminó de pasar y el ritmo de su banda se fue perdiendo por la Avenida des Champs-Élysées hacia la Place de la Concorde.

—Ahora tenemos que ir a Nogent-sur-Marne —dijo Andrés—. Iremos a bailar a una “guinguette”, a la de Covert. Allí toca mi gran amigo, el rey del acordeón, Jo Privat.

—¿Qué es una “guinguette”? —preguntó el tío Juanito.

—Lo que en el pueblo llaman una “glorieta”. Una pista de baile, con mesas y sillas alrededor, con un estrado para la orquesta, con guirnaldas y muchos foquitos de todos los colores para la noche. Nada más que en lugar de estar en un sitio baldío, se encuentra a la orilla de un río, del río Marne.

—¿El de la Gran Guerra? —preguntó el tío Juanito.

—Precisamente —le respondió Andrés.

El tío Juanito sacó el reloj de dos tapas del bolsillo chico de su pantalón y miró la hora.

—¡Se ha parado! ¡Qué raro! —le dijo—. Hace poco lo hice limpiar.

—No se aflija, tío Juanito —le dijo Andrés—, aquí las horas, y por lo tanto el reloj, no caminan del mismo modo que en el pueblo. Cuando lleguemos a Nogent ya verá que su reloj marca la hora debida.

Cuando llegaron a la “guinguette” toda la gente estaba sentada esperando que la orquesta comenzara a tocar. Andrés descubrió una mesa donde estaban sentadas varias parejas.

—¡Allí están los muchachos! —dijo acercándose a la mesa y estrechando las manos de todos—. Maryvonne, Jeannot, Odile, Lucien, Annette, Claude. ¿Cómo están todos?

Maryvonne, una muchacha regordeta, se levantó exclamando:

—¡Andrés! ¡Yo sabía que ibas a volver!

—Les presento a mi tío Juanito —dijo Andrés—. Es de Tucumán, Argentina, como yo... A Heloïse ya la conocen.

El tío Juanito saludó a todos quitándose el *canotier* y haciendo una reverencia un tanto anticuada.

Andrés se acercó a la orquesta.

—¿Qué tal, Jo? ¿Cómo van las cosas? —dijo saludando al acordeonista.

—¡Como siempre! —le contestó el músico de largas patillas y aspecto de gitano.

—Entonces, ya sabes lo que quiero bailar: *Le Dénicheur*, *L' Aubade des Oiseaux*, *Nuit blanche* y finalmente *Sa Préférée*. —Y agregó—: Veo que siguen contigo Auguste L'Hoteliér, Pierre le Bougnat, Bourgume, Mauricart y Barone. ¿También Jeanne Chacun sigue cantando contigo?

Les estrechó la mano a todos. La orquesta comenzó a tocar. Andrés volvió a la mesa e invitó a bailar a Heloïse.

—Después de que bailes toda la tarde con el tío Juanito —le dijo— quiero que te cases con él.

Heloïse lanzó una carcajada.

—¿Casarme yo? ¿Con el tío Juanito? ¿Y por qué?

—Porque es una buena persona. No quiero que se vuelva a quedar solterón como la vez anterior. ¿Te gusta? Además vos estás muy sola...

Heloïse hizo un gesto mitad de duda y mitad de tristeza.

—Ocurre que el tío Juanito es muy tímido. Además, creo que todavía es virgen, que lo ha seguido siendo hasta que se murió —rémató Andrés.

—¡Caramba! —dijo Heloïse y lanzó otra carcajada, esta vez de pajarón salvaje—. Déjalo por mi cuenta. Al menos lo voy a hacer hablar. Pero antes tenemos que cam-

biarle ese horrible traje blanco de solapas cortas que lleva, típico de los años veinte.

La *java* terminó y las parejas volvieron a la mesa.

—¿Qué van a tomar? —preguntó uno de los muchachos.

—Yo, una menta —dijo Heloïse.

—Yo, un vaso de vino blanco, *un blanc des blancs* —dijo Andrés.

El tío Juanito se quedó mudo.

—¿Y usted, tío? le preguntó Maruvonne.

—Yo no tomo alcohol —le respondió el tío Juanito—. Me gustaría un vaso de granadina con soda.

—¡Venir a Francia y no tomar vino! —comentó uno de los muchachos.

—Me cae mal el alcohol —respondió el tío Juanito poniéndose colorado como la granadina con soda que acababa de aparecer sobre la mesa.

La orquesta comenzó a tocar el tango *Caminito* y Jo Privat le guiñó el ojo a Andrés.

—¡A su juego lo han llamado, tío! —dijo Andrés—. Usted era un buen bailarín de tango. ¡Heloïse: el tío Juanito te enseñará a bailar el tango con cortes y quebradas!

Heloïse arrastró al tío Juanito al medio de la pista. Éste la abrazó con timidez. Primero comenzó lentamente, pero cuando tuvo un poco más de confianza comenzó a trazar figuras en la pista. Heloïse bailaba el tango como si siempre lo hubiera hecho. Los demás se reían y aplaudieron a rabiar cuando la orquesta terminó el tango. Pero ambos no volvieron a la mesa. Jo Privat y su conjunto atacaron el vals *Nuit blanche*. Heloïse obligó al tío Juanito a que la tomara de nuevo en sus brazos y comenzaron a girar. Lentamente apoyó su cara en el hombro de su pareja y se dejó arrastrar como si estuviera en el medio de un remolino de hojas secas llevadas por un viento de otoño.

Andrés había sacado a bailar a Maryvonne y vigilaba

atentamente las reacciones del tío Juanito. Vio como Heloïse se apretaba cada vez más al cuerpo de su pareja y vio como el tío Juanito iba palideciendo cada vez más, transpiraba terriblemente y cada vez se ponía más rígido.

Cuando el vals terminó, Andrés se acercó a la mesa persiguiendo al tío Juanito que iba con intenciones de tomar su granadina con soda para aliviar el sofocón. Al pasar cerca de Heloïse, Andrés le preguntó:

—¿Y...?

—¡Nada...! —dijo ésta—. Está muerto de miedo. No creo que las cosas funcionen.

Andrés se adelantó al tío Juanito, no lo dejó sentar y le dijo:

—Vamos a ver el río.

Y se lo llevó por el camino de sirga.

Caminaron en silencio durante unos minutos. Por fin, el tío Juanito dijo:

—¿Qué se puede pescar en este río?

—Lo mismo que en el río Mandolo o en la laguna de El Cargadero —le respondió Andrés.

Siguieron caminando. De pronto Andrés se detuvo y le disparó al tío Juanito a boca de jarro:

—¿Y, tío, le gusta Heloïse? Tiene que casarse con ella.

El tío Juanito se mordió el labio inferior, luego dijo:

—Sí, me gusta. Pero no creo que ella guste de mí. Además, si me caso no la voy a llevar a vivir al pueblo. No creo que quiera cambiar París, donde hay tantas cosas hermosas, por el aburrimiento de un pueblo que ni progresa. Además, con mi sueldo de empleado de banco que recién comienza...

—Eso no tiene importancia —le retrucó Andrés—. Usted puede venir a vivir, en Nogent. Tiene un río para pescar los domingos. Piénselo. No tiene que quedarse soltero por segunda vez. Además, Nogent está cerca de París.

—¿Y de qué vamos a vivir? —dijo el tío Juanito angustiado, casi con un sollozo en la voz.

—Ahora no tiene que pensar en eso. Ya ve que las cosas son muy fáciles. No necesita dinero y el tiempo no es un problema. Ahora puede vivir en un eterno presente, en un día de primavera en las puertas del verano y ser joven para siempre.

El tío Juanito se puso cada vez más serio. Después dijo tímidamente, casi lloriqueando:

—¡Es que yo quiero volver al pueblo! ¡Extraño hasta su aburrimiento!

—¡Usted es un imbécil! —gritó Andrés furioso—. Y me obligará a quedarme a mí también. No puedo fallar. Será la única vez que fracase. En esto va mi orgullo. ¡Jamás he fracasado como casamentero!

Y dio una terrible patada en el suelo.

—¡Y bien —dijo con una empecinada resolución— ahora me quedo!

—¡Viejo! —dijo la mujer abriendo la puerta del dormitorio. ¿Hasta qué hora pensás dormir? ¡Son más de las nueve...!

El viejo Andrés no le contestó. La mujer comenzó a enojarse. Se aproximó a la cama y tiro de las frazadas, primero, y luego de las sábanas dejando al descubierto el cuerpo de su marido. Se acercó y su rabia se transformó en espanto:

—¡Dios mío! —dijo y repitió varias veces la palabra "¡Virgen Santa!" y "¡Dios mío!"

A pesar de su cara color de cera y de sus labios que comenzaban a ponerse violeta, Andrés tenía dibujada una sonrisa a la vez de triunfo y picardía.

OLD TIME

Para Pepito y Hebe Avila

Los personajes de los cuentos y novelas son fantasmas que nacen en la mente de los autores, pero si su residencia natural son los libros, a veces muchos de ellos viven también en viejas casonas solariegas abandonadas, en mansiones carcomidas y hasta en castillos a punto de derrumbarse. Los personajes que imaginó don Roberto J. Payró para su novela Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira no podían escapar a este destino, como se verá a continuación.

—Debe llegar rápidamente a mi casa —dijo la anciana—. Mi hija se compromete hoy con el señor Mauricio Gómez Herrera.

El taximetrero pensó:

“Éste es el último viaje de la noche. Después tapo la bandera y a casa. Hace doce horas que estoy en el volante.”

La anciana tenía un fuerte acento extranjero. Hablaba con cierta dulzura, como si estuviera a punto de echarse a

cantar. Lo sorprendente era el traje que llevaba. Sin embargo, ¡tantas cosas locas se ponen las muchachas hoy que la anciana bien podía darse el lujo de andar vestida como si viviera a fines del siglo pasado! Una gargantilla de perlas le apretaba el cuello menudo y frágil y al subir al coche se apoyó en un bastón con puño de plata.

—¡Hermoso país es éste! —dijo la anciana.

—La culpa la tiene el gobierno —protestó el taxista que no tenía ganas de hablar y mucho menos en esa noche tan cerrada, tan fría y tan brumosa del mes de junio.

—Eso dice mi marido —agregó la anciana. Hizo una pausa y luego agregó—: ¿Quiere que le dé un consejo? —Y antes de que el chofer tuviera tiempo de asentir la dama agregó—: ¡Compre oro! Mi marido dice que se avecina una crisis violenta a causa de los especuladores. La crisis puede derribar al gobierno. El señor Mauricio Gómez Herrera, que esta noche pedirá la mano de mi hija, no lo cree, pero mi marido, Estanislao Mozahegy, se lo ha dicho. Y mi marido sabe.

El chofer se repantigó en el asiento y se preparó a escuchar una de las tantas monsergas en contra del gobierno. “Esta gente del Barrio Norte”, pensó el chofer, “siempre quejándose del gobierno. Salvo, claro está, cuando gobiernan ellos.”

—El doctor Juárez Celman es muy confiado —prosiguió la anciana con su voz cantarina—. Está mal asesorado. La especulación sobre la tierra lo lleva a un callejón sin salida. Y por ese callejón también se va el país.

—No hablo de política —gruñó el chofer.

—A mí tampoco me gusta la política —le replicó la anciana—. Nosotros somos comerciantes. Pero nos interesa la suerte de este país al cual queremos tanto —y suspiró—. Cuando vinimos de Europa, éramos muy pobres. Aquí hemos hecho una fortuna respetable. Aquí nació nuestra hija Eulalia, la que esta noche se compromete con el señor Mauricio Gómez Herrera. Nuestros nietos van a ser totalmente criollos.

—¡Lindo país! —dijo el chofer por decir algo.

—Ya lo creo —insistió la dama—. Nosotros tenemos mucha fe en él. Y como nosotros, muchos de los que hemos venido de Europa. Pero tenemos miedo de que la especulación sobre la tierra cause una explosión. Por eso hay que comprar oro. Usted tiene que comprar oro.

—¿Y con qué, señora? —dijo el taxista, ya de mal humor ante la insistencia de la viejita impertinente.

—¿No tiene algunos ahorros? Si tiene algún dinero, compre oro. Porque la crisis será terrible. La inflación le comerá los pocos pesos que tenga. No guarde papel moneda. Compre oro...

Doblaron por Arenales, rumbo al Norte.

—En Billinghamurst doble, por favor —dijo la anciana—. Mi casa queda a unos pocos metros. Es la que tiene ese parque y esas verjas negras, enormes. La hemos hecho con mucho sacrificio, pero no estamos arrepentidos. Cuando compramos el terreno, todo este lugar estaba lleno de quintas y de sitios baldíos. Después de la fiebre amarilla la gente comenzó a cambiarse a esta zona y nuestro terreno se ha valorizado.

El chofer frenó antes de llegar a Billinghamurst y luego dobló. A su izquierda se levantaba una casa extraña, rodeada por un inmenso jardín. Detuvo el auto frente al número 2050, tal como le había pedido la viejita.

—Son mil doscientos cincuenta pesos —dijo el taximetrero.

La anciana buscó en su cartera haciendo un ruido de bichos entre hojas secas. Al cabo de unos instantes exclamó:

—¡Cómo soy de olvidadiza! He dejado el dinero de mano en la gaveta de mi *secretaire*. ¿Le molestaría esperar un momento?

El chofer protestó:

—Señora: tengo que ir a mi casa. Hace doce horas que estoy pegado al volante.

—¿Desconfía? —le preguntó la anciana aproximándose al taximetrero—. Entonces lo invito a que venga conmigo. De paso toma una copa de champagne con nosotros y conoce a mi futuro yerno. ¡Usted ha sido tan amable conmigo!

El chofer se sintió atraído por una extraña curiosidad. De pronto quiso saber cómo se podía vivir en una casa tan grande y tan mal iluminada. De las ventanas se desprendía una luz mortecina.

Se bajó del auto. Le abrió la puerta a la viejita y ésta se apoyó en su brazo. Cuando llegaron a la verja negra e imponente los rodeó un extraño perfume de jazmines. Sintió un escalofrío. La anciana lo apretó fuertemente del brazo.

—Ayúdeme a subir las escaleras —le dijo—. Tengo un poco de reumatismo.

El chofer se dio cuenta de que un pesado silencio se había desatado, un silencio parecido al del campo, pero un silencio con sus ruidos diferentes. Creyó percibir el trote de caballos sobre un pavimento de piedra y el áspero chirrido de un grillo entre la maleza del jardín.

Al llegar a la escalera de entrada, salió la luna. Se dio cuenta de que el jardín estaba descuidado. Los pastos llegaban hasta la vereda de entrada de la casa. Miró hacia atrás y también se dio cuenta de que parte de la verja estaba cubierta por un jazmín criollo lleno de flores, algo extraño en el mes de junio.

La anciana dio tres aldabonazos en el enorme llamador de bronce de la puerta; ésta se abrió con un crujido. En el vano apareció un mayordomo impecablemente vestido, con un candelabro encendido. Era un hombre maduro y la luz de las velas le daba un aspecto siniestro. El chofer reparó en las largas patillas que usaba.

—¡Por aquí..., por aquí! —dijo la anciana, desprendiéndose del brazo del taxista y apoyándose en su bastón.

Entraron en una amplia sala. Allí había más luz pero

ésta también era vacilante y mortecina. El taxista reparó en que sobre la amplia mesa tendida había varios candelabros. Del techo pendía una enorme araña con caireles de cristal llena de velas, algunas de las cuales titilaban y hacían temblar las sombras del cuarto. Pesadas cortinas, como de terciopelo, cubrían las ventanas y las puertas que, seguramente, llevaban a las habitaciones interiores. Un extraño perfume a incienso, a cera y a moho flotaba en el ambiente.

Un hombre anciano avanzó hacia la viejita.

—¡Irma...! ¡Irma! —dijo—. ¿Por qué has tardado tanto? Hace una hora que te estamos esperando. El señor Mauricio Gómez Herrera y Eulalia están impacientes. Pensábamos que te había pasado algo.

—No podía conseguir coche —dijo la anciana con un mohín—. Si no hubiera sido por la generosidad de este caballero, no habría llegado a tiempo.

La dama rubia se aproximó:

—¡Mamá! —dijo—. ¡Nos hiciste asustar! Te estábamos esperando para brindar.

—Pero ya vas que he llegado —le respondió la viejita—. ¡Clemente! —ordenó al mayordomo—: ¡Puede servir el champagne!

Se dirigió al chofer:

—Usted tomará una copa con nosotros.

—¡Sí, sí! —dijo el anciano—. Aproxímese. Le voy a presentar a mi futuro yerno.

Algo cohibido, el chofer se aproximó al grupo que rodeaba a un hombre de unos cuarenta años, de barba renegrida y ojos achinados. Recién entonces advirtió que todos los invitados vestían extrañamente, como si se hubieran desprendido de viejas fotografías o de antiguos retratos familiares.

La anciana dijo:

—Voy a mi cuarto a buscar el dinero que le debo a este señor. Espérenme, no sirvan el champagne.

El chofer se aproximó al grupo. El novio le estrechó la mano. Era fría y viscosa. Tuvo la sensación de que debajo del frac, el futuro yerno del dueño de casa no existía.

En un enorme reloj de pared sonaron once campanadas. Al chofer le pareció que el humo de los candelabros y de la araña se había hecho más espeso y que desdibujaba las figuras de los invitados.

—Las once —dijo Gómez Herrera—. Tenemos que apurarnos.

Al taxista no le gustaba el novio. Miraba de reojo, como si desconfiara de todo. En cambio la novia, rubia y de ojos azules, con la bruma que ahora reinaba en el salón parecía que podía desvanecerse en el aire en cualquier momento.

La anciana regresó con un sobre.

—Aquí tiene, señor —le dijo—. Y perdone la demora. Ocorre que con los años me estoy haciendo cada día más olvidadiza.

Al chofer le pareció de mala educación abrir el sobre frente a los circunstantes y se lo guardó en el bolsillo de su campera.

El mayordomo vino con una enorme bandeja de plata llena de copas de champagne.

—Eso —dijo el dueño de casa—. Traiga champagne. Ahora tenemos que brindar por los novios: mi hija Eulalia y Mauricio Gómez Herrera.

Todos levantaron las copas. La anciana se enjugó una lágrima con un pañuelito de encaje que sacó de la manga de su vestido. El padre de la novia se reía estentóreamente.

—¡Cohen...! ¡Cohen! —le decía a uno de los invitados que estaba acompañado por una señora de ojillos miopes y parpadeantes, de manos regordetas, anquilosadas por los anillos y con un traje cuyo escote estaba plagado de brillantes—. Ahora me puedo considerar criollo. Mis nietos serán más argentinos que yo.

Una mucama abrió de par en par las puertas y dijo:

—¡La cena está servida!

—¿No se queda a cenar con nosotros? —le preguntó con una sonrisa otra de las invitadas, una señorita algo ajada, rubia, que hablaba también con acento extranjero.

El chofer miró el reloj de pie. Eran las once y media. Pensó en su mujer. Sintió que si se quedaba iba a tener que seguir soportando las miradas de los invitados que ya lo consideraban como un intruso, como un bicho raro. El miedo al ridículo se transformó en un escalofrío.

—¡Gracias, señora! —dijo—. Mi mujer me espera.

—¿Me permite que lo acompañe? —escuchó que decía la amable anciana.

Fueron hasta la puerta.

—Ha sido muy gentil de su parte —dijo ella.

—No, señora —balbuceó el taxista—. Soy yo quien tengo que agradecerle a usted el haberme invitado.

La señora sonrió. Él hizo un torpe saludo con la cabeza y bajó las escaleras. Sintió que a sus espaldas la puerta se cerraba. Al llegar a la verja se dio cuenta no sólo de que el perfume a jazmín se había disipado sino que los ruidos de la calle habían vuelto otra vez.

Arrancó. Antes de llegar a Juncal respiró aliviado. La luz de la bocacalle era más intensa. Una señora joven con un niño en brazos le hizo señas para que se detuviera. Entonces se acordó: tapó la bandera y aceleró.

Cuando llegó a su casa en el barrio de La Paternal se acordó del sobre que tenía en el bolsillo. Lo abrió. Adentro había un billete extraño. Era nuevo, como si recién hubiera salido de la Casa de la Moneda. Se fijó detenidamente. Decía:

"República Argentina - Buenos Aires, 1 de enero de 1884:

La Nación pagará al portador y a la vista la suma de un peso oro. Ley del 4 de octubre de 1883".

—¡Me han estafado! —dijo en voz alta y se guardó el billete en el bolsillo de nuevo—. ¡Pero mañana los voy a denunciar a esos gringos de mierda!

A la mañana siguiente, después de cargar nafta se dispuso a ir a la comisaría. Pero antes decidió pasar por la casa de la calle Billinghamurst. Pensó que, tal vez, la anciana se había equivocado y que le había pagado con un billete de valor histórico.

Pero al doblar por Arenales clavó los frenos. Primero limpió el parabrisas con una franela. Luego sacó la cabeza por la ventanilla para ver mejor. En lugar de la casa había un inmenso sitio baldío lleno de malezas. Estaba la verja negra pero no el jazminero. Sobre la verja había un enorme letrero:

ACHAVAL Y CIA. VENDEN ESTOS HERMOSOS LOTES

Una palabra reciente cruzaba la leyenda:

TOTALMENTE VENDIDOS.

EL BESO

Para Elsa y Chichí Orti

Estaba seguro: sabía la tabla del nueve. La había memorizado una y otra vez. Se la había repetido a su perro "Fideo", primero, y luego a su madre. Pero en clase, cuando iba por el "nueve por siete", Lucila, la pelirroja que estaba sentada en el primer banco, le guiñó un ojo, le hizo un mohín y por último se sonrió descubriendo así esos dos hoyuelos que tenía en ambas mejillas. Entonces comprendió que estaba enamorado, se puso colorado y no pudo continuar con la tabla del nueve, con el consiguiente enojo de su maestra que le pidió el cuaderno para enviar un mensaje a sus padres, mensaje que debía traer firmado al otro día bajo pena de no entrar a clase.

No pudo soportar tanta injusticia. Fue a sentarse en su banco y puso la cara entre sus brazos deseando que la tierra lo tragara, que se derrumbara la escuela y que muriera aplastada Lucila, junto a él y a los otros compañeros de clase. Pensó que a la salida, esos mismos compañeros que lo admiraban, ahora iban a burlarse gritándole que estaba enamorado, que tenía novia. Pero no ocurrió así; por el contrario, todos lo rodearon para compadecerlo y lo acompañaron unas cuadas. En el grupo también venía

Lucila, la culpable de que él se hubiera olvidado la tabla del nueve. Pero, gracias a Dios, no se le acercó, algo que lo humillaba aún más. Porque en el fondo hubiera querido que la pelirroja se le hubiera acercado y le hubiera dicho:

“Yo sé que la sabías. Yo tengo la culpa... Yo sé que estás enamorado de mí... Yo también estoy enamorada de vos...”

Pero nada. En las esquinas, los compañeros fueron desgranándose y con uno de esos grupos se marchó Lucila sin decirle nada, sin compadecerlo, sin echarse la culpa de lo que le había pasado. Porque la muy pícara sabía que ella era la culpable por haberle guiñado el ojo y por haberle sonreído descubriendo así ese par de hoyuelos que tenía en las mejillas consteladas de pecas.

En la casa no pudo justificar lo que le había pasado. Más bien se cuidó de contarles lo que ocurrió a su padre y a su madre. Tan sólo dijo que eran los nervios. Además, su madre sabía que había memorizado muy bien la tabla del nueve de modo que salió en su defensa ante el padre que estaba a punto de pronunciar una sentencia severa. Ante los alegatos de la madre consintió en firmar la nota que la maestra había escrito en el cuaderno: “Manuel hoy no supo la tabla del nueve: Laurentina Jerez”.

Al día siguiente, antes de ir a la escuela, volvió a memorizar la dichosa tabla y vio que la sabía. Entonces se juró que no habría de mirar a la pelirroja en el momento de decirla.

Cuando la maestra lo llamó al frente avanzó con paso decidido, miró fijamente el retrato de Domingo Faustino Sarmiento que colgaba de una de las paredes, tomó aliento y derramó la tabla hasta el final. Cuando terminó miró a la pelirroja con un aire de triunfo como diciéndole: “¿Has visto que la sabía?”. Lucila lo miró con orgullo, sonrió luego y frunció los labios como haciéndole un hociquito para mandarle un beso invisible que él sintió en una de las mejillas que, de inmediato, se le puso roja de vergüenza.

Esta vez decidió encarar a la pelirroja a la salida de la escuela. No le importaba lo que podrían pensar sus compañeros, ni las burlas que recibiría. Pero cuando buscó a Lucila, la pelirroja se había escabullido. Esta vez se puso colorado pero de rabia.

Al día siguiente, en uno de los recreos, Lucila se le acercó en un momento en que no había nadie a su alrededor y le dijo sonriente:

—Mi mamá te quiere conocer. Te espero a tomar el té esta tarde en casa.

Y se alejó corriendo. A la salida, como el día anterior, también se le escabulló en un momento de descuido.

Durante la siesta estuvo pensando si iría o no a la casa de Lucila. Pensaba que la madre de la pelirroja ya sabría que estaba enamorado de su hija y que lo iba a intimar para que no frecuentara más a la maldita pelirroja que, seguro, ya se lo había dicho todo, inclusive lo de la tabla del nueve y lo de la nota en el cuaderno.

Pensaba que la madre de Lucila se lo iba a contar a su madre y eso le producía una terrible desazón. Se imaginaba que su madre no lo iba a querer más. O que su padre podría echarlo de la casa para siempre. O que lo iba a mandar pupilo a un colegio de la ciudad, porque así lo amenazaba siempre que hacía algo incorrecto. Se puso a odiar a la pelirroja. Pero se dio cuenta de que no podía, que realmente estaba enamorado de ella porque cuando la imaginaba, cerraba los ojos y la veía de nuevo, sonriendo, con sus dos hoyuelos que se formaban en unos remolinos de pecas para luego hacerle una trompita y enviarle un beso silencioso e invisible.

La imagen de Lucila se le fue haciendo cada vez más fuerte. Todos los temores se desvanecieron y dejó de tener miedo. La decisión estaba tomada: esa tarde iría a tomar el té con la mujer de sus sueños.

Después del almuerzo, hizo rápidamente los deberes. Luego se peinó a la gomina, como si fuera domingo y tuviera que ir al cine con sus padres. Se puso una camisa

nueva, sus medias domingueras y el saco azul. Salió en puntas de pie para que nadie de la casa lo oyera. Atravesó la plaza por los jardines más matorralosos rogando que nadie fuera a cruzar por las diagonales.

Cuando llegó a la esquina del almacén de don Robles, se echó a correr como enloquecido en dirección a la casa de Lucila que quedaba unas cinco cuadras hacia abajo.

Cuando llegó, estaba agitado y algo despeinado. Se compuso el pelo que se le había alborotado con la carrera. Respiró profundamente varias veces para que se le fuera la agitación y sólo entonces tocó el llamador, una enorme pata de bronce que sostenía una bola entre sus garras. El zaguán sonó a hueco. Esperó un momento. Luego oyó pasos y esperó. El corazón le latía en la garganta y en los oídos como un animal asustado.

La puerta se abrió y en el marco de la puerta apareció la pecosita con su gran sonrisa llena de hoyuelos. Vestía un traje verde claro, con puños y cuello de encajes, blancos y almidonados. Ceñía su cintura con un cinto del mismo color del vestido y llevaba un gran lazo de color rojo que le recogía los cabellos sobre la nuca.

Manuel la miró a los ojos y advirtió de pronto un relámpago extraño, mezcla de cariño y picardía. Sintió que la sangre se le subía a las mejillas.

Lucila le dijo que pasara, que la mesa estaba servida. Pero antes quería presentarle a su mamá. Manuel balbuceó:

—No he traído los libros y el cuaderno de modo que no podremos hacer los deberes...

Lucila se encogió de hombros.

Pasaron. El comedor era amplio. Una gran mesa de caoba, con ocho sillas, estaba recubierta por un mantel muy blanco, lleno de bordados. Las tazas, las servilletas, las cucharitas y una bandeja con masas estaban dispuestas con un orden maniático en una de las cabeceras. Todo parecía estar en su justo lugar.

Un gran piano vertical estaba instalado en uno de los rincones y en el fondo del comedor, sobre la pared, había un inmenso espejo biselado que reproducía casi toda la habitación.

Manuel levantó la vista y recorrió primero las paredes. Se encontró con dos cuadros antiguos desde los cuales un señor de barba y una señora lo miraban severamente y luego lo seguían con los ojos a medida que avanzaba hacia la mesa.

Luego miró el cielorraso. En varios lugares el yeso estaba manchado como si en el tejado hubiera diversas goteras. En uno había una grieta tan profunda que amenazaba con el derrumbe de una enorme porción. Era una especie de círculo que la humedad había fabricado.

De pronto se concentró en la araña de cuatro luces que estaba justo sobre el centro de la mesa. Las lámparas estaban envueltas en un tul polvoriento y salpicado con manchas de moscas, algunas de las cuales colgaban, muertas, presas de los pliegues en una inmensa telaraña.

Se dio cuenta de que la habitación estaba dividida en dos partes. Hacia arriba sólo se veía descuido e incuria. Allí reinaba la decadencia. Hacia abajo era otra cosa: la platería del servicio brillaba y el mantel estaba limpio y almidonado, lo mismo que las servilletas.

La voz de Lucila llamando a su madre, lo arrancó de sus observaciones.

Sintió que alguien le contestaba desde una habitación contigua. Las palabras se cortaron por una tos ronca y cavernosa. Los accesos duraron largo rato.

—Mamá, te presento a Manuel —dijo Lucila y entreabrió la puerta. El niño avanzó hacia la puerta pero un fuerte olor a remedios lo detuvo. En la penumbra vio la silueta desvaída de una mujer muy delgada que trataba de ocultarse en la oscuridad.

—Manuel es mi mejor compañero de grado, mamá —insistió Lucila.

Una voz hueca saludó al niño y la sombra le hizo señas para que no se acercara.

—Estoy muy enferma —dijo apoyándose en el respaldo de un sillón donde parecía haber estado sentada. Casi en un susurro dijo dos o tres palabras cariñosas y luego se ocultó en las sombras más espesas de la habitación.

Los ojos de Manuel se habían acostumbrado a la oscuridad. Vio una enorme cama de matrimonio destendida, una cómoda de roble de seis cajones, una mesita de luz con un florero vacío, algunos cuadros borrosos parecidos a los que había en el comedor y en un repisa, la imagen de una virgen alumbrada por la llama escuálida y titilante de una vela a punto de consumirse, cuya estearina se derramaba ya fuera del candelabro confundiendo con éste y borrando su forma verdadera, como si la vela y el candelabro fueran una sola cosa grotesca.

Lucila arrastró a Manuel hacia el comedor.

—Mamá está muy resfriada. Tiene mucha facilidad para resfriarse —dijo—. Sobre todo ahora que viene el invierno. Casi no sale de su pieza. A veces va a misa. Pero generalmente reza en su habitación. Es muy devota de la Virgen del Valle.

A medida que hablaba, Lucila iba llevando al niño hacia una de las sillas, la que estaba a espaldas de la puerta que daba a la habitación de su madre. Luego de que hubo instalado a su invitado, la pecosa se volvió, cerró la puerta y le dijo a Manuel:

—Esperame un momento. Ya traigo el té. No te comas las masitas que hay en la bandeja. Eso se come con el té.

Y salió.

El niño volvió a inspeccionar las paredes, la araña envuelta en el tul lleno de tierra y de moscas muertas, los retratos y el piano. Se dio cuenta de que el instrumento tenía dos candelabros de bronce que relucían como si recién los hubieran lustrado. Sobre la tapa había un atril de madera.

Estaba a punto de levantarse para mirar el piano, cuando sintió los pasos de Lucila. Apenas si tuvo tiempo de volver a su silla y adoptar una actitud de compostura.

La pelirroja entró en el comedor con una gran bandeja. En ella había una tetera y una jarrita de plata llena de leche. La tetera estaba cubierta con un capuchón de lana tejida.

La niña depositó la bandeja en el centro de la mesa. Sólo entonces Manuel se dio cuenta de que había un platito con rodajas de limón.

Lucila suspiró como si esperara que Manuel aplaudiera su esfuerzo de traer tan enorme bandeja. Pero éste apenas si esbozó una sonrisa.

La pelirroja se sentó, acomodó su falda y preguntó:

—¿El té, te gusta con leche o sólo con una rodaja de limón?

Manuel no supo qué decir, pero se acordó de que a la tarde, en su casa, le daban un enorme tazón de café con leche y tostadas con manteca.

—Té con leche —dijo tímidamente.

Lucila le sirvió una taza de té y luego le echó un chorrito de leche.

Manuel quedó desilusionado con la escasez.

—Así se toma en Inglaterra —sentenció Lucila.

Cuando el niño se iba a llevar la taza a la boca, en la pieza vecina la madre comenzó a toser. Parecía que la mujer no iba a terminar nunca pues los accesos eran cada vez más cortos y ahogados. Manuel se quedó paralizado con la taza a la altura de la boca. La pelirroja hizo como si no escuchara. Luego dijo:

—Ya le pasará.

Efectivamente, la tos se fue apagando lentamente. Luego reinó un profundo silencio como si la mujer hubiera quedado agotada.

Lucila le pasó la bandeja de masas. Manuel tuvo que

dejar la taza en su plato y tomó una que estaba bañada en chocolate.

—No voy a hacer los deberes —dijo Lucila—. Primero debo ocuparme de la casa. Voy a estudiar a la noche. Ahora comamos y tomemos el té como los ingleses.

Cuando terminaron, la pelirroja le preguntó a Manuel si se iba a servir otra taza. A pesar de que el niño tenía ganas, porque la taza le pareció chica, dijo que no.

Lucila retiró el servicio y se lo llevó al interior. Manuel no sabía qué hacer. Temía que la madre de Lucila comenzara a toser de nuevo. Se levantó y fue hacia el piano. Levantó la tapa. Varias teclas exhibían caries en el marfil de las blancas. La pelirroja volvió de improviso y lo sorprendió examinando el piano.

—Mi mamá tocaba el piano, pero no lo hace desde hace mucho tiempo —dijo—. Desde que murió mi abuelita. Además, con ese resfrío que tiene...

Manuel volvió a la mesa pero no tomó asiento.

—Antes de irme quisiera despedirme de tu mamá —le dijo a Lucila.

—Ahora duerme —le contestó la pelirroja—. Yo le diré cuando se despierte.

Fueron hasta el zaguán en silencio. Antes de abrir la puerta Lucila lo detuvo. Miró al niño larga y fijamente en los ojos y le dijo de sopetón:

—¿Vos querés ser mi novio, no?

Manuel bajó la cabeza. Sintió como si todo el cielo rraso del mundo se le viniera sobre la cabeza. Apenas si tuvo aliento para jadear un "sí" que más parecía un suspiro de desesperación.

—Entonces —le dijo la pelirroja muy resuelta— tenés que besarme.

El niño sacó fuerzas de flaquezas, se acercó a la mejilla de Lucila y la besó tímidamente.

—¡Así no, idiota! —le dijo la niña con rabia—. ¡Ése no es un beso de novio!

Manuel se quedó mirándola largamente, como diciéndole que no sabía cómo era un beso de novio.

—Un beso de novio —le contestó muy sabihonda la pelirroja— es como los que se dan en el cine Mary Pickford y Douglas Fairbanks.

Entonces, sorprendentemente, le tomó la cabeza al niño con las dos manos y apretó fuertemente sus labios contra los labios de Manuel que contuvo la respiración. El niño se quedó paralizado por la sorpresa, primero, y por el terror, después.

—¡No seas idiota! —le dijo la pelirroja—. No hay nadie en casa. Mi padre vuelve del negocio cuando ya es de noche.

Pero al ver la cara de espanto de Manuel, la pelirroja no se atrevió a continuar con el beso interrumpido, pero le dijo muy resuelta:

—¡Ahora somos novios para toda la vida!

Y abrió la puerta del zaguán. Manuel salió corriendo, cruzó la calle y no paró de correr hasta que llegó a su casa, a su cama. Se tiró sobre ella. Entonces se dio cuenta de que grandes lagrimones le rodaban por la cara. Pero no supo decir si eran de miedo o de felicidad.

—¡Manuel! —gritó la madre desde el cuarto contiguo. Pero paralizado, no le respondió.

—¡Manuel!, ¿sos vos? —insistió la madre.

Quiso articular palabra pero sólo le salió de la garganta un ronquido en lugar del acostumbrado: "Sí, mamá. Soy yo. ¿Qué querés?"

Se tapó la cabeza con la almohada al escuchar que la madre se levantaba y caminaba hacia su cuarto.

La mujer entró y al verlo tirado en la cama se asustó:

—Manuel, ¿tenés algo...? ¿Estás enfermo?

Se sentó en el borde de la cama. Comenzó a acariciarle la espalda. Luego le quitó la almohada.

El niño se incorporó de golpe y comenzó a besarla en la frente, primero, en las mejillas, después. Sentía que había traicionado a su madre aceptando el beso de la pelirroja. Pero al mismo tiempo sentía que estaba enamorado de Lucila. Y no sabía cómo decírselo a su madre para que ésta no se sintiera ofendida. Por último le tomó la cabeza con las dos manos y le dio un fuerte beso en la boca que sorprendió a la mujer, sobre todo porque después se largó a llorar con grandes sollozos, como si fuera culpable de un gran pecado que no sabría cómo confesárselo al cura párroco el domingo antes de comulgar.

La madre, sorprendida, sólo atinó a acariciarle suavemente la cabeza diciéndole acongojada:

—Más tarde me lo dirás... Más tarde me lo dirás...

Al otro día no fue al colegio. Amaneció con fiebre. Esa noche tuvo pesadillas horribles, pero al despertar no recordaba nada. Sólo le quedaba la angustia. Su madre atribuyó todo lo que le pasaba a la dichosa nota que había traído en el cuaderno. Pero decidió no hablar de ello.

Al mediodía la fiebre pasó y le permitieron ir a la mesa pero con la recomendación de comer liviano. Entre el padre y la madre flotaba como un acuerdo mutuo para no hablar de la fiebre de Manuel.

Antes de comer la sopa el padre dijo:

—¡Pobre los Alderete! La mujer está enferma. Pareciera que está tísica. Y la piensan llevar a Córdoba, a Cosquín, a un sanatorio.

Manuel palideció.

—Hace tiempo que no la veo —comentó la madre

Manuel tragó un poco de sopa y, haciendo un esfuerzo, preguntó:

—¿Qué es estar tísica, papá?

El padre se limpió la boca con la servilleta y dijo muy doctoral:

—La tisis es una enfermedad terrible. Ataca los pulmones. Los tísicos tosen mucho hasta que vomitan sangre. Deben vivir en climas secos y donde haya mucho aire puro. Y alimentarse bien. La tisis es muy contagiosa. Se transmite por unos bacilos muy chiquitos, que sólo se ven al microscopio. Esos bacilos salen de la boca del enfermo. Por eso no hay que aceptar tomar mate o comer en casa de un enfermo de tisis. Y mucho menos dejarse besar en la boca.

Manuel sintió que se mareaba. Temblando terminó su sopa, retiró el plato. Pidió permiso para levantarse de la mesa. Corrió a su cuarto y se encerró. Allí se quedó pensando en el largo resfrío de la madre de la pelirroja, en el té y en las masas que había comido y, sobre todo, en el beso que Lucila le había dado en la boca a la manera de los que se daban en el cine de los domingos Douglas Fairbanks y Mary Pickford.

Esa noche casi no pudo dormir. Al día siguiente, después de tomar el desayuno, partió a la escuela, siempre pensando en lo que le había dicho su padre el día anterior sobre la tisis. Y recordó cómo la había besado a su madre.

Cuando llegó a la escuela advirtió que los otros compañeros podrían haberse enterado de lo que le había pasado en casa de la pelirroja. Y tuvo miedo de que le hicieran burla, de que le gritaran en coro: "¡Manuel está de novio! ¡Manuel está de novio!". Y que lo siguieran golpeando las manos y gritándole: "¡Qué se casen...! ¡Que se casen!"

Pensó en no entrar en la escuela. Sin embargo, tomó coraje pero entró con prudencia. Si algo le ocurría volvería corriendo a su casa. O acusaría a sus compañeros ante la directora diciendo que mentían, que lo hacían de envidia porque él era un buen alumno.

Pero en el patio central no advirtió ningún movimiento sospechoso. Tampoco se dio cuenta de que Lucila no estaba a la hora de formar.

Después de que izaron la bandera y entraron al aula, una de las chicas que se sentaba cerca de Lucila se le acercó disimuladamente y le entregó un sobre diciéndole:

—Esto es para vos. Te lo dejó Lucila ayer, que fue su último día de clase.

Guardó el sobre. Se sentía como borracho. Durante toda la clase de Castellano no pudo dejar de pensar en lo que le había dicho su padre sobre la tisis. Y apretó el sobre que tenía en el bolsillo del delantal.

Las horas le parecieron una eternidad y cuando terminaron las clases, apenas estuvo afuera, se lanzó en una carrera desesperada hacia su casa. Al doblar la esquina, antes de llegar, se detuvo. Miró hacia todos lados para ver si algún compañero lo había seguido. Luego sacó el sobre de su bolsillo y lo abrió. Leyó:

"Querido Douglas Fairbanks: Me voy con mis abuelos a Córdoba para estar más cerca de mis padres. Yo seguiré siendo tu novia toda la vida. Volveré cuando mi madre esté sana. Volveré y tomaremos un té como los ingleses. Te besa. Mary Pickford."

Volvió a guardar la carta en el sobre pero esta vez lo metió en el bolsillo del pantalón.

Ya en su casa se encerró en su cuarto sin saber qué hacer. Pensó en Lucila, en su casa, en el té con masas, en el viejo piano desdentado, en la tos cavernosa de la madre de la pelirroja y en el beso que ésta le había dado en la boca a la manera de Mary Pickford y Douglas Fairbanks. Se quedó paralizado. No podía llorar. De pronto volvió a acordarse de que había besado en la boca a su madre.

Esa noche estuvo despierto hasta la madrugada esperando que su madre comenzara a toser.

LA PLANTA DE ZAPALLO

Para Jorge y Enrique Gray

A los ochenta años, doña Clelia decidió ponerse en cama y no levantarse más. No estaba enferma. Nada de eso. Se sentía fuerte y lúcida. Podía leer sin anteojos, aunque para ir al cine usaba lentes a causa de su miopía que no avanzaba desde hacía veinte años. Tenía un estómago de hierro y era capaz de devorar los fritos más jugosos y las salsas sobre las cuales sobrenadaban islotes de crema.

No dijo nada a nadie cuando decidió ponerse en cama. Al principio su hijo Pedro se afligió e hizo llamar al médico que, luego de auscultarla y tomarle la presión, la declaró saludable *urbi et orbi*. Rosario, la vieja servidora, cómplice de la anciana en sus desarreglos gastronómicos, simuló una aflicción que no sentía para nada.

Después de tres días, Pedro dejó de afligirse y terminó convencido de que era una de las tantas manías de su madre.

Fue entonces cuando, entre las rendijas del patio de tierra, comenzó a nacer una planta de zapallo, quizá de una semilla que la vieja Rosario había dejado caer en sus viajes a la cocina del fondo. Desde su habitación, doña Clelia la vio desde un primer momento, cuando al ponerse

los lentes para "ver de lejos" advirtió el pequeño brotecito que levantaba dificultosamente su diminuta yema hacia los cielos.

Llamó a la vieja Rosario y le ordenó que por nada del mundo fuera a destruir a la pequeña planta que se estiraba perezosamente, dado que quería observar desde su cama cómo crecía. La prohibición estuvo acompañada con la orden de barrer el tercer patio, donde estaba la cuna de la planta, con todo cuidado, tratando de dejar entre los vigorosos escobazos de la vieja y el vegetal por lo menos unos dos metros a la redonda, aunque en ese espacio se acumularan hojas muertas, basuras, papeles viejos, todo lo cual debía ser retirado a mano.

A pesar de las órdenes estrictas, doña Clelia montó una guardia severa, sobre todo cuando sentía que la vieja Rosario se aproximaba entusiasta descerrajando sus golpes de escoba a diestra y siniestra al compás del viejo tango *Julián*, a cuya letra incorporaba palabras que nada tenían que ver con el argumento y aun otras que nada tenían que ver con el idioma castellano, pues surgían de su propia invención.

Cuando la vieja Rosario se aproximaba al límite de la zona de exclusión, y los escobazos se hacían más rotundos al compás de la música, doña Clelia lanzaba un grito:

—¡Rosario, la planta!

La fiel servidora frenaba en seco su marcha entusiasta, miraba con odio a la planta de zapallo, medía escrupulosamente la distancia señalada y luego dirigía su vista hacia la habitación de la anciana en actitud servil, esperando la aprobación de su patrona. Cuando doña Clelia asentía con la cabeza, rodeaba al vegetal y recomenzaba con sus escobazos que marcaba al compás de su tango, salía del marco visual de la anciana y auditivamente se iba perdiendo hasta desaparecer.

Entonces doña Clelia volvía a las páginas de *La adúltera inocente*, una vieja novela cuya lectura le había sido prohibida en su juventud y por la cual guardaba una

particular estima, aun mayor que por *Los últimos días de Pompeya* u otros libros que le había recomendado su viejo confesor, fallecido hacía ya varios años. Por esta razón no había vuelto a comprar libros y había dejado de confesarse con el nuevo párroco con el cual no tenía ningún pasado en común, o mejor dicho ningún pecado confesado en común, porque era muy jovencito.

Cuando la planta tuvo unos veinte centímetros de largo, doña Clelia comenzó a hablarle, lo cual causó una nueva preocupación a su hijo: la salud mental de su madre.

Pero, cosa rara, la planta de zapallo lentamente dirigía sus guías hacia la pieza de la anciana a medida que iba creciendo. Y esto le causó un nuevo problema a la sirvienta Rosario, pues tuvo que ampliar los límites de exclusión de sus barridos.

Para conversar con la planta, doña Clelia, al principio, tuvo que levantar la voz. Pero el día en que las guías cruzaron el umbral de su pieza, su tono adquirió mayor confianza y se hizo más cariñosa con el vegetal.

El hijo Pedro vivía en las habitaciones anteriores de la casa, las que daban a la calle de la enorme propiedad, porque su mujer se había disgustado con su suegra hacía unos diez años, es decir a poco de casarse y por eso había relegado a su madre a la última habitación, a la del tercer patio, de tierra, cerca de la cocina y del baño de servicio.

Cuando la primera guía llegó al pie de la cama de doña Clelia, las cosas se pusieron tensas por la sencilla razón de que la vieja Rosario ya no podía entrar a la pieza para limpiar el piso a causa de la planta. Además, como el vegetal cubría una buena parte del patio, para barrer el resto tenía que dar un gran rodeo: salir por la puerta de la huerta, dar vueltas a la manzana y entrar por el frente.

Doña Clelia estaba muy contenta con los progresos de su plantita y también porque casi no oía el tango *Julián* que berreaba la vieja Rosario al compás de su escoba. Cada vez que la sirvienta entraba en la habitación, miraba a la planta con odio, con un odio feroz. Las ganas de

arrancar tanta maleza se hacían transparentes en la cara y en las actitudes de la fiel servidora.

Por fin la guía mayor de la planta llegó hasta el borde de la cama. Fue entonces cuando doña Clelia comenzó a contarle toda su vida; cómo conoció a su primer marido, del cual tuvo a su hijo Pedro. Desgraciadamente, el pobre hombre murió a causa de que un caballo peruano redomón se espantó cuando lo montaba y lo arrojó de su montura. Tuvo la mala suerte de dar con la cabeza en una piedra. Cuando lo llevaron a la casa, ya estaba muerto. Además del hijo, el primer marido le había dejado la enorme casona. Dos años más tarde, por consejos del señor cura, volvió a casarse. Desgraciadamente el candidato tampoco duró mucho: lo mataron unos bandidos cuando volvía de su finca de San Andrés. Y doña Clelia, esta vez, heredó los campos. Cinco años después logró su tercer marido. Su hijo, por ese entonces, ya tenía los siete años cumplidos y no se llevaba muy bien que digamos con su padrastro. Doña Clelia hizo todo lo posible por tener otro hijo para que así, con un nuevo hermano, su Pedrito cambiara de actitud para con su "padre". Estaba en esas diligencias cuando el pobre hombre también se murió. Una noche tomó más de lo acostumbrado y no encontró otra cosa mejor que acostarse a dormir en las vías del tren usando como almohada uno de los rieles. A las tres de la mañana pasó el carguero que iba al Sur. Está de más decir que el hijo de su primer matrimonio festejó el velorio con tanta alegría que hubo que mandarlo a casa de unas vecinas hasta después del entierro.

Desde entonces, doña Clelia no intentó un nuevo casamiento. Además, se había corrido la voz entre los posibles candidatos del pueblo que la triple viuda traía mala suerte. Y a pesar de que su fortuna era tentadora, el miedo había espantado a todos.

Se puso a criar a su muchacho. Lo mandó a estudiar a la ciudad y se quedó sola con la Rosario, lidiando con peones y capataces. Esperaba que su hijo se recibiera de abogado. Pero, nada. El muy pícaro le mentía que estudia-

ba cuando en realidad andaba de farra con sus compinches. En una de sus idas y venidas, llegó a la casa con la noticia de que se casaba con una niña de la alta sociedad. Pero se casaba de apuro porque la muchacha ya estaba de tres meses y el padre lo había amenazado con volarle la tapa de los sesos si no le cumplía a la niña.

De modo que se casó. Doña Clelia, de rabia, no fue al casamiento y se quedó encerrada en la casona. Cuando los recién casados se instalaron, la nuera comenzó a tomarla entre ojos, seguramente porque sabía que el niño que nació luego no era sietemesino. La criatura murió a poco de nacer y la nuera nunca más pudo quedar embarazada.

La planta de zapallo parecía escucharla. Al menos, la guía que había trepado sobre el cubrecama se movía como si asintiera y comprendiera todo. Doña Clelia le pasaba la mano por el tallo suavemente y el vegetal se enroscaba y desenroscaba, mimoso, como si las caricias lo hicieran gozar voluptuosamente.

A la noche, después de que la vieja Rosario le traía la comida a doña Clelia, ésta le leía a su plantita capítulos de *Los últimos días de Pompeya*, aquellos en los cuales el narrador describía el terremoto y la lluvia de cenizas que caía sobre la ciudad condenada. La guía que se recostaba muy cerca de la anciana dama parecía temblar de miedo y trataba de refugiarse bajo la almohada.

Después, doña Clelia rezaba el rosario y las guías —porque ya eran tres las que se apoyaban en el cabecera de la cama— se replegaban sobre ellas mismas, con una extraña unción, hasta que la vieja terminaba su rezo. Luego las acomodaba a las tres sobre la almohada, las arropaba con las sábanas y apagaba la luz.

Cuando las guías que invadían el espaldar de la cama de doña Clelia, llegaron a la docena, Pedro, el hijo, decidió que era hora de tomar medidas. Tuvo una fuerte discusión con su madre y hasta llegó a amenazarla con mandarla a un sanatorio para insanos. Además, la emplazó para que en el término de veinticuatro horas se desprendiera de la

maldita planta porque la gente del pueblo había comenzado a murmurar que su madre criaba en su cama una planta de zapallo. Y él no podía hacer el ridículo. Antes de salir de la habitación le gritó que al día siguiente vendría Barroso con un machete para limpiar toda esa maleza que, a esa altura, se había convertido en un verdadero zapallar.

La vieja Rosario, que escuchaba detrás de la puerta, se restregó las manos de felicidad. Al día siguiente podría barrer de nuevo el patio al compás de su tango *Julián*, a pesar de que se preguntaba qué cosa iban a encontrar debajo del follaje cuando Barroso, a golpes de machete, se deshiciera de la planta.

Esa noche, doña Clelia no le leyó a su plantita *Los últimos días de Pompeya*. No quería asustarla. En lugar de ello, le contó un cuento de príncipes y princesas que, al final, se casaban, eran muy felices y tenían muchos hijos. Pero notaba que, a pesar del final feliz, la planta estaba triste y sus guías comenzaban como a marchitarse. Y hasta creyó advertir que por uno de los tallos corrían unas gotas de agua.

Entonces apagó la luz.

A la mañana siguiente, muy temprano, llegó Barroso con su enorme y afilado machete cañero. La nuera, la vieja Rosario, el hijo Pedro y el peón, se dirigieron al cuarto de doña Clelia para comenzar la limpieza. En el patio, de un machetazo, Barroso separó el tronco de la planta de sus raíces. Luego se dirigió a la puerta, pero ésta estaba cerrada por dentro, como así también las dos puertas laterales, las que daban al baño y a las otras habitaciones.

Adentro, reinaba el más absoluto silencio. Pedro intimó a su madre para que abriera la puerta. Su mujer sonreía con fruición y la vieja Rosario hacía esfuerzos para no reírse.

Nadie respondió. A la cuarta o quinta vez que el hijo ordenó a la madre que quitase la falleba de la puerta, se

escuchó un ruido como de jadeo, como el rozar de hojas secas o como si alguien arrastrara los pies sobre la arena.

Entonces, Pedro hizo traer un hacha. A golpes deshizo la cerradura y la puerta se abrió. En el interior de la habitación reinaba una suave penumbra. Un extraño presentimiento retuvo a Pedro y a sus acompañantes antes de entrar. Pero, haciendo un esfuerzo, el hijo transpuso el umbral y se dirigió al lecho de la anciana.

La cama estaba cubierta totalmente por un inmenso follaje que la tapaba desde la cabecera hasta los pies y se derramaba por todo el cuarto. Con ayuda del peón y de las dos mujeres comenzó a arrancar las hojas y las guías que parecían aferrarse desesperadamente a las maderas, a las colchas y a las sábanas.

De pronto, con un gran esfuerzo, consiguieron desprender el grueso de la mata y en medio de la cama apareció un rotundo zapallo, maduro y dorado, en el lugar donde debía estar doña Clelia.

LA CONFESIÓN

Para Mariloi Álvarez, profesora de francés.

Adelita López regresó al pueblo ya muy vieja y muy rica. Después de depositar en el banco veinte mil libras esterlinas, compró la mejor casa, la que había sido de los Isasmendi, con un enorme zaguán, seis habitaciones, una sala, un comedor, un baño con grifos plateados y una cocina de desvanecidos perfumes sabrosos; todo daba a un jardín, en el centro del cual había una fuente cuyos blandos carámbanos de agua se derramaban sobre tres bandejas superpuestas hasta llegar a un gran cuenco de mayólica de Talavera. La fuente estaba rodeada de arrayanes, rosales viejos y jazmines del Cabo bajo la sombra húmeda y soñolienta de grandes magnolias.

Adelita también compró unas cinco mil hectáreas de cañas de azúcar en un faldeo antes de llegar a los montes de Yacuchina, lugar privilegiado porque jamás había sido azotado por las helada; al menos era lo que decían los viejos memoriosos del pueblo.

Tanto la casa grande como el campo de cañas, los puso a nombre de Lucinda, su única sobrina, hija de un hermano mayor suyo muerto en unas elecciones bravas por oponerse al gobierno, y de una de las Jerez, que también había muerto.

Adelita estuvo ausente del pueblo por más de cincuenta años. Se fue apenas cumplidos los veinte. Su padre, don Florentino López, un asturiano, dueño de un almacén de ramos generales, que había trabajado toda su vida para sus hijos, gastó todo lo que pudo en darles una educación esmerada, es decir arpa, acuarela y francés. Como toda niña bien que se preciara, debía saber eso antes de casarse. Pero Adelita agregó a su educación un poco de repostería para endulzar la vida de su futuro marido.

Cuando la niña cumplió veinte años, don Florentino López pensó que su hija debía perfeccionar el idioma en Francia. Admiraba a ese país por ser de "ideas avanzadas", es decir liberal y republicano, razón por la cual había tenido que venir a América.

Y hacia allí partió la niña, encomendada a Javier Del Amo, un amigo de don Florentino y compañero de correrías republicanas que también tuvo que hacer turismo de urgencia cuando la policía de Primo de Rivera descubrió en su casa algunos artefactos pirotécnicos —no para festejar, precisamente, la Navidad y el Año Nuevo.

Regularmente, don Florentino le enviaba a su hija una suma de dinero para la pensión donde vivía en París, en el número 32 de la rue Vivienne, como así también para comprar libros, pagarse los estudios, y algunas cosas personales.

El pobre asturiano murió de un síncope antes de que Adelita terminara sus estudios y al volver de su entierro también murió su mujer. El hermano de Adelita vendió el almacén de ramos generales por causa de la política antes de morir en esas elecciones bravas. De modo que Adelita se quedó huérfana de padre y madre en cuarenta y ocho horas. Su hermano se encargó de darle la noticia de su doble orfandad en una carta llena de perífrasis, eufemismos y citas de autores antiguos y padres de la Iglesia, sacados de un manual y de las novelas del colombiano José María Vargas Vila, su autor preferido.

La carta tuvo una respuesta doliente pero sobria y un lacónico final donde Adelita prometía que terminaría sus

estudios para cumplir con la voluntad de su padre y que volvería después de uno o dos años.

Esa fue su última y única carta. Luego, silencio. Su hermano murió y su mujer, Manuela Jerez, mucho más tarde, cuando la sobrina de Adelita ya se había recibido de maestra y trabajaba en una escuela rural. Varias veces le escribió a su tía, pero las cartas tampoco tuvieron respuesta. La muchacha había estudiado, como su tía, francés, pero en lugar de arpa y acuarela, trabajó la dactilografía dado que habían cambiado las reglas sociales. Eso sí, se quedó esperando que algún galán rondara su puerta, un hombre sencillo, trabajador y honrado aunque no fuera de las familias conocidas del pueblo. Después que se recibió de maestra, comenzó a ir a la estación a esperar la llegada de los trenes para ver si algún pasajero de la Capital se fijaba en ella, algún viajante de comercio, algún empleado de banco o de correos.

A los cuarenta y cinco años dejó de ir a la estación y se dedicó a hacer copias a máquina para aumentar su sueldo que, con la inflación, que ya había comenzado, disminuía cada vez más en forma peligrosa.

Cuando Lucinda cumplió los cincuenta y cinco años, la crisis ya casi había hecho desaparecer su sueldo. Estaba a punto de pasar los límites y caer en la miseria cuando la tía Adelita se presentó en el pueblo, muy vieja pero muy rica.

La llegada de Adelita alborotó a todo el mundo. Sobre todo por la compra de la casona y de la finca de cañas. Nadie sabía de dónde había sacado tanta plata. Los más amigos cocinaron a preguntas a la pobre Lucinda, pero ésta repetía que su tía casi no hablaba con ella y que no se atrevía a preguntarle sobre su vida en el extranjero.

Las conjeturas aumentaron porque la anciana no salía. No iba a misa. No se confesaba ni comulgaba y tampoco pidió ingresar en alguna de las cofradías.

El pueblo se dividió en dos partes: una suponía que se había casado con un hombre rico, muy rico, que había

enviudado y que al heredarlo decidió regresar para ayudar a su única sobrina que estaba al borde de la miseria. La otra, mal pensada, integrada en su mayoría por solteronas pobretonas y envidiosas de la suerte de Lucinda, murmuraba que Adelita debía sus libras esterlinas, con toda seguridad, a actividades *non sanctas*. Las más piadosas sugirieron que tal vez se debía al juego. Las más arpías, llegaban a afirmar que la causa de la fortuna de la hija del gallego era el tráfico de drogas, y hasta hubo algunas que aseguraban que era muy posible que Adelita se hubiera prostituido en algún burdel de Marsella. Esta última hipótesis provenía de las ricas tradicionales, que no podían soportar que la nueva rica le hiciera sombra a sus viejas fortunas.

En cambio, los hombres, que de eso sabían mucho, afirmaban que una simple prostituta no podía amasar semejante fortuna por más que hubiera trabajado toda su vida. Y por eso deslizaron la hipótesis de que Adelita había sido la amante de algún aristócrata europeo, de algún sultán turco y hasta de un maharajá de la India. Las palabras "*demimondaine*" y "*cocotte*" comenzaron a pronunciarse suavemente en las orejas de muchas señoras y señoritas, que no sabían francés, y en las de quienes lo sabían e ignoraban su significado aunque intuían que designaban algo denigrante.

El chismorreó estaba en su punto más alto, cuando Adelita sufrió un ataque que vino a complicar las cosas. Una mañana, Lucinda se despertó, se levantó, se peinó y se fue a preparar el desayuno de su tía. Cuando llegó con la bandeja con el tazón de café con leche, los escones y la mermelada de guayabas, vio que la puerta estaba cerrada y no entreabierta, signo de que su tía no estaba despierta. Golpeó. Le contestó un gruñido extraño. Pensó que la tía dormía aún y que roncaba como una foca en celo. Estaba a punto de marcharse llevándose la bandeja con el desayuno cuando un largo y dolorido estertor la clavó en su sitio. Abrió la puerta y penetró en la pieza. La tía Adelita no estaba en la cama. Miró hacia todos lados. Dejó la bandeja sobre un taburete y se dirigió a la sala de baño. Allí estaba

la anciana, caída en el piso, al pie del lavabo, con los ojos revueltos y la boca abierta.

Lucinda lanzó un grito y se precipitó hacia su tía que respiraba dificultosamente. La arrastró como pudo hasta el pie de la cama, pero no pudo subirla. Aunque la tía era extremadamente delgada, Lucinda, con los años, comenzaba a perder fuerzas. Además, nunca había sido una persona vigorosa sino, más bien, de contextura como la de un pájaro saltarín.

Corrió hacia la cocina y pidió ayuda a las dos sirvientas. Entre las tres consiguieron levantarla y entonces se dieron cuenta de que la anciana se había hecho encima sus necesidades, pues desde el baño hasta la cama había dejado un reguero negruzco, viscoso y nauseabundo. Lucinda y una de las mucamas la lavaron, la cambiaron y la perfumaron. La muchacha corrió a buscar al médico quien diagnosticó una furibunda hemiplejía del lado derecho.

La tía Adelita estuvo tres días sin conocimiento. Cuando se despertó no sólo no podía mover el brazo y la pierna del lado izquierdo sino que se había olvidado de hablar castellano y sólo recordaba el francés. Esto complicó las cosas todavía más, sobre todo con las sirvientas, y aumentó el trabajo de Lucinda, quien tuvo que hacer de intérprete en todo momento y a cada rato, dado que la tía, a medida que iba mejorando, se ponía más caprichosa.

Al principio, la anciana hacía esfuerzos para hablar castellano y al ver que no podía, lloraba. Pero luego se resignó a dirigirse a su sobrina en ese idioma tan culto. Pero como ésta ya casi lo había olvidado por falta de práctica, tuvo que reabrir sus viejos libros de estudios, su gramática y su diccionario francés-castellano. Sin embargo, muchas veces, cuando la vieja se irritaba, no entendía algunas palabras que no estaban en el diccionario y supuso que se trataba de algún dialecto de los tantos que hay en Francia.

Mes tras mes, la tía Adelita se iba apagando. Su voz se hacía más débil y hasta costaba alimentarla. Lucinda

intuyó el final de la anciana. Entonces le preguntó si quería confesarse. La tía asintió.

Fue en busca del párroco, el reverendo padre Jaime Pagés y Llul, un catalán original de Mataró, coloradote por el abuso del vino fuera de la consagración y cuya vejez se anunciaba por los pelos que le salían de las orejas. Le explicó el caso. El párroco le dijo que no sabía francés de modo que mal podía confesar a su tía. Lucinda insistió y se propuso como traductora. El cura puso el grito en el cielo amonestándola severamente por su ignorancia. Le explicó a voz en cuello que en ese caso no habría secreto de confesión, esencia del sacramento. Todo eso lo sabía la pobre Lucinda que, además de querer ayudar a su tía en sus últimos trances, se sentía corroída por la curiosidad sobre el pasado enigmático de la anciana.

De modo que se volvió a casa pensando en que la tía podía morir en cualquier momento, sin confesión, llevándose a la tumba todos los secretos de su pasado, entre ellos el de su misteriosa fortuna.

Por el camino tuvo una inspiración: recordó que en la ciudad existía la congregación de los padres lourdistas y que, por ser francesas, debería tener algún sacerdote de esa nacionalidad.

A la mañana siguiente tomó el primer tren que pasaba hacia la Capital. Fue en busca de la congregación y, efectivamente, encontró a un joven sacerdote francés, el padre Roger Lepître quien la escuchó atentamente, se apiadó y decidió acompañarla.

Cuando el cura y la sobrina penetraron en la habitación de Adelita, la encontraron durmiendo, muy pálida. Parecía flotar, entre sus sábanas de Holanda, en un plácido mar lleno de espumas. La pobre vieja ya no hablaría más ni en francés ni en ninguna otra lengua de este mundo.

EL PADRE BLANCO

*Para María Esther, María Matilde y
María Amalia Albornoz Gray.*

Todos los veranos volvía antes de Navidad. Vestía una sotana que en otros tiempos debía haber sido blanca pero que ahora era de color marfil tornasolado, con manchas indefinidas, sobre todo en la pechera. Llevaba un casco de corcho y una abundante barba rojiza que comenzaba a encanecer. El casco, según la abuela, era para defender la cabeza del sol africano capaz de derrumbar a un elefante.

Cuando llegaba a la casa, el misionero se quitaba ceremoniosamente el casco y se lo entregaba a la criada, que lo depositaba con cuidado sobre una banqueta de terciopelo rojo que estaba debajo del perchero.

Durante el almuerzo, el sacerdote hablaba de los progresos realizados en su lejana misión, durante al año que había estado ausente: el número de bautismos realizados, el estado de salud de los catecúmenos, muchos de ellos azotados por misteriosas enfermedades, como la del sueño, y otras no tanto, como el paludismo y la disentería; la construcción de nuevas viviendas, sencillas pero limpias, que iban reemplazando poco a poco a las chozas infectas hechas con ramas de árboles y hojas de palmeras. Daba ci-

fras: número de vacunados, de párvulos que habían aprendido a leer y escribir en francés. Hablaba con entusiasmo de sus tareas y cuando debía pronunciar las *r*, en un castellano bastante potable, lo hacía como si en la garganta tuviera un cascabel de madera. La abuela explicaba a los niños el fenómeno diciendo que el padre blanco era belga, que los belgas hablaban francés y que en francés no existían las *r* como en castellano. El misionero no dejaba de comer mientras hacía desfilar extrañas costumbres bárbaras de los negros paganos a los cuales estaba obligado a convertir al cristianismo y, sobre todo, a los beneficios de la civilización. Por lo tanto, el canibalismo había sido abolido hacía ya largos años, pero la poligamia, esa maldita costumbre de tener muchas mujeres, era dura de extirpar.

Pero lo que más maravillaba a los niños, Javier y Mariela, que asistían al almuerzo anual del padre blanco, era cuando éste describía a los exóticos animales de la selva africana, los peligros imprevistos de víboras, arañas, escorpiones y otros insectos que se arrastraban en las sombras, que caían de pronto sobre el descuidado europeo que no había tomado sus precauciones y que lo derribaban, muerto, con una picadura casi invisible. Tales peligros desfilaron ante los ojos de los pequeños comensales a quienes se les caían las mandíbulas y a los que había que traer a la realidad para que comieran la sopa o el plato de carne ya fríos.

El padre blanco se animaba sin dejar de comer. Ponía énfasis en su relato y, para animarse aún más, no dejaba de ponerle vino a su copa. El vino y el ardor del relato lo hacían transpirar a mares y un pañuelo gris, que extraía del fondo del bolsillo de su sotana, enjugaba de rato en rato los ríos de sudor que le salpicaban la cara y, sobre todo, que le corrían por el cuello toruno, mientras el ventilador de techo echaba bocanadas de aire caliente que sólo servía para espantar a las moscas angurrientas.

Por suerte llegaba el postre y la conversación se iba calmando. Los niños hubieran querido seguir escuchando historias de monos que se columpiaban en lo alto de las

ramas, de hipopótamos que dormían lánguidamente en los lechos barrosos de los ríos perezosos, de peces con los colores del arco iris, de danzas guerreras en torno a enormes fogatas, de máscaras terribles de dioses y de pájaros que hablaban no sólo los idiomas de los nativos sino hasta el rotundo francés de los misioneros que los adiestraban. Eran pájaros tan inteligentes que podían acceder a una cultura difícil aun para los miembros de las tribus.

Al terminar el almuerzo, y luego de la infaltable copita de aguardiente de Catamarca, que el padre blanco absorbía primero por sus dilatadas narices antes de beberse-la de un trago, el abuelo se levantaba silenciosamente e iba al escritorio. De la pesada caja fuerte extraía un sobre y luego lo deslizaba en manos del misionero diciéndole:

—Para sus obras en África, padre.

El padre blanco, también con discreción, lo deslizaba en el bolsillo de su sotana, donde tenía el pañuelo empapado en sudor, y daba las gracias con una mirada de entendimiento y un leve parpadeo intencionado.

En la sobremesa los niños podían preguntar: ¿cómo hacían los misioneros para salvar a los pequeños negritos?, ¿qué nombre les ponían cuando los bautizaban?, ¿cuántos huérfanos albergaba la misión?

El padre blanco carraspeaba, componiendo su garganta, y respondía a las interminables preguntas: muchas veces era necesario pagarles a los padres de los futuros catecúmenos para poder bautizarlos y eso costaba dinero, como costaban dinero las medicinas para curarlos y hasta los alimentos que compraban para que no se murieran de hambre. Porque, a veces, los padres necesitados vendían a sus hijos a los tratantes de esclavos árabes que los llevaban lejos, muy lejos, para criarlos dentro de su religión, la mahometana.

Cuando el padre blanco se iba, en toda la casa quedaba una estela de exotismo, una especie de aroma de una selva invisible, llena de gritos y chasquidos de látigos. Y los niños se precipitaban hacia la Gran Enciclopedia Geo-

gráfica, abrían las páginas dedicadas al África y se embriagaban con láminas donde un explorador disparaba su rifle sobre un búfalo enfurecido que arremetía, ciego, contra toda una fila de cargadores negros, mientras en la página siguiente una elefanta paseaba orgullosa con su cría cerca de una catarata que derramaba sus aguas en un lago poblado de flamencos, ibis y otras aves de largas y silenciosas patas.

Aquel año, luego del almuerzo y al comenzar la hora de las preguntas, Javier y su hermana Mariela le dispararon al padre blanco una pregunta que los había carcomido durante todo ese tiempo:

—Padre, ¿si nosotros le enviáramos el dinero para que nos comprara un negrito, usted nos los podría mandar, así nosotros lo criamos, lo educamos y le enseñamos la doctrina cristiana?

El padre blanco no supo qué decir. La pregunta lo había tomado desprevenido. El abuelo corrió en su auxilio:

—¡Claro que sí! Nada más que el niño sólo podrá venir cuando sea más grande y ya pueda viajar.

La abuela quiso hablar, pero en ese momento se dio cuenta de que el abuelo le guiñaba un ojo subrepticamente al misionero:

—¿Y cuánto creen ustedes que puede valer un negrito?

Los chicos pusieron cara de aflicción.

El padre blanco dijo con una sonrisa casi irónica de complicidad:

—Yo pienso que unas cuarenta libras esterlinas.

Se hizo un silencio en el comedor, donde sólo se escuchaba el sisear de las aspas del ventilador de techo.

La niña preguntó:

—¿Y eso es mucho dinero?

—Depende —le respondió el misionero.

Javier no se desanimó. Por el contrario, arremetió ar-

mándose de valor ante la idea sacrificada de hacer algo por la causa de la civilización y el cristianismo.

—Nosotros lo cuidaríamos. Le enseñaríamos a hablar castellano. Iría a la escuela...

La abuela trató de calmar al niño:

—¡Espera, Javier...! ¡Espera...!

El padre blanco hizo un esfuerzo para no sonreír:

—Yo creo —dijo— que no habría que sacar al negrito de su medio ambiente. Sufriría mucho.

Al ver la desilusión de los niños, agregó:

—En cambio, cuando ustedes sean más grandes pueden venir a visitarme al Congo. Mientras tanto yo bautizaré al niño y ustedes podrán ser sus padrinos.

—Pero usted, padre, no va a esperar a que nosotros seamos grandes para bautizar al negrito —dijo Mariela.

—Nada de eso. Lo voy a bautizar de inmediato y ustedes serán padrinos por delegación. Es decir, que habrá otra persona que sostendrá al niño en la pila bautismal, pero en nombre de ustedes. ¿Pero, ya tienen el nombre?

Los niños se miraron y Javier, muy resuelto, dijo:

—Sí, padre. Queremos que se llame Damián.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —dijo el misionero—. Como el padre Damián, el apóstol de los leprosos. ¡Muy buena elección!

El padre blanco terminó su café, se secó el sudor una vez más con el pañuelo gris y se levantó.

—¡Gracias, señor! ¡Gracias, señora! —dijo estrechando las manos del abuelo y de la abuela. Ésta corrió a buscar el casco de corcho que estaba sobre la banqueta de terciopelo y se lo trajo.

—¿Qué podremos hacer para juntar las libras esterlinas, padre? —preguntó Mariela.

El padre blanco se acarició la barba rojiza, pensó un momento y luego dijo:

—Pueden ahorrar... —pero después agregó:

—Yo juntaría papel de estaño. Ese papel en el cual vienen envueltos los cigarrillos y los chocolates. O juntaría estampillas viejas y las enviaría a la casa madre de las Misiones Africanas cuya dirección tiene su señora abuela.

Luego acarició a los niños con un pequeño toque en las mejillas, extrajo dos medallas de cobre y se las regaló una a cada uno.

Todos lo acompañaron hasta la puerta donde el misionero se despidió con un "¡Hasta el año que viene!", luego se puso el casco de corcho y atravesó la plaza en dirección a la parroquia.

Pasó Navidad, vinieron las fiestas de Año Nuevo. Llegaron los Reyes con su cargamento de juguetes y de caramelos. El verano se hizo más fuerte. Los calores se volvieron agobiantes. Repentinamente estallaban las tormentas eléctricas con sus grandes truenos panzones. Luego volvía a salir el sol. Entonces todos iban en el "tilbury" a ver las crecientes, a ver cómo el agua arrastraba enormes piedras y hacía sonar sus tambores subterráneos y cómo los grandes árboles del monte y los animales muertos eran arrastrados sin misericordia.

Pero los niños no se habían olvidado de su futuro ahijado y comenzaron a juntar papeles de estaño y estampillas. No dejaban marquilla vacía por recoger en las calles. Además, consumían más chocolate que lo acostumbrado. En cuanto a las estampillas, iban casa por casa pidiéndolas a los vecinos. Algunos se interesaban:

—¿Se han vuelto filatelistas?

—No —respondía orgulloso Javier—. Ocurre que tenemos que juntar 40 libras esterlinas para enviar a las Misiones Africanas. El padre Pierre nos ha prometido que nos comprará un negrito para bautizarlo, y nosotros seremos sus padrinos.

La burla no se dejaba esperar:

—¿Así que van a viajar al África? ¡Qué bueno! Pero tengan cuidado que todavía hay caníbales.

Pero Javier explicaba, una y otra vez, que eso era cosa del pasado, que los padres blancos habían convertido a todos los negros al cristianismo y que ahora sólo comían frutas, verduras y café con leche con pan y manteca.

Mientras tanto la bola de papel de estaño crecía y crecía y las estampillas se acomodaban en paquetitos de cien. Para eso tenían que dejarlas remojar en agua hasta que los restos de los sobres se desprendieran. Luego las secaban al sol y más tarde hacían los paquetitos que ataban con un delgado hilo de coser.

La bola de papel de estaño ya tendría un kilo y la bolsa de los paquetitos de las estampillas ya comenzaba a desbordar cuando aquella tarde se produjo algo inesperado para los niños.

Poco después de la hora del té golpearon a la puerta. Mariela fue a abrir y lanzó un grito. Corrió desesperada:

—¡Ha llegado Damián...! ¡Ha llegado Damián! —gritaba entre risas y lágrimas.

Javier se precipitó. En el marco de la puerta, más o menos de su misma edad, un negrito estaba parado y les sonreía. El niño se precipitó a su encuentro gritando:

—¡Pasá, Damián! ¡Pasá...!

Luego gritó:

—¡Abuela, el padre Pierre ha cumplido su promesa! ¡Aquí está Damián!

La abuela corrió presurosa secándose las manos en el delantal.

Javier trataba de arrastrar ael negrito hacia el interior de la casa pero éste se defendía con uñas y dientes, gritando:

—¡Dejame...! ¡Dejame...!

Detrás de la abuela asomó su cara Mariela:

—¡Ya sabe hablar castellano! —gritó—. ¡Ya sabe hablar castellano! ¡Seguro que el padre Pierre se lo ha enseñado!

El negrito seguía debatiéndose entre los brazos de Javier hasta que la abuela los separó:

—¿Quién sos, hijo? —le preguntó al negrito, también carcomida por la curiosidad.

—Me llamo Santiago, señora. Vengo a vender pan casero. Mi madre amasa y hornea. Somos uruguayos. Hemos llegado hace poco y vivimos en la Villa Nueva.

Luego, abriendo muy grandes los ojos, insistió:

—¿Nos va a comprar pan, señora?

Le abuela pensó un momento. Luego dijo:

—¿Pan casero dijiste?

El negrito asintió con la cabeza:

—También bollos con chicharrones y pan de anís —dijo con cierto orgullo como para alentar a la anciana.

La abuela pensó un rato. Luego dijo:

—Mañana traéme unas piezas de pan casero, nada más.

Cuando se marchó el negrito, la abuela se volvió y se encontró con la cara de Javier bañada en lágrimas. De pronto el niño se echó a correr. Entró en su pieza como una tromba, sacó la bolsa con los paquetitos de las estampillas y la gran bola de papel de estaño, fue hacia el viejo aljibe clausurado, abrió la tapa y tiró todo en su interior. Luego se dejó caer al pie del brocal, sollozando ante la mirada atónita de Mariela que tampoco alcanzaba a comprender nada de lo que había pasado.

EL ALTILLO

Para Alba Omil

Cuando murió Abigail, su vieja sirvienta, doña Telésfora Ariza de Zaldumbide se resistió a tomar otra criada. Como ya no podía con su humanidad, la enorme casa comenzó a llenarse de basura por todos los rincones, además de las telarañas gigantescas que colgaban de los rincones más altos de las piezas y en donde había cadáveres de moscas, abejorros y hasta cascarudos panzones, algunos de los cuales se debatían aún vivos para zafarse de las sólidas redes. En la pileta de la cocina se fueron amontonando peligrosamente los platos sucios hasta formar una pila de dudoso equilibrio.

Hubo un momento en que la vieja dama dejó de cocinar. Compraba fiambres, queso, pan y un poco de leche y comía todo eso en un único plato que lavaba cuidadosamente, como así también el cuchillo y el tenedor y la cuchara. Con esta última se servía al final de tan magro almuerzo, o cena, grandes y parsimoniosas cucharadas de dulces y mermeladas que le regalaban las pocas amigas que aún le iban quedando y que ella escondía celosamente en la desvencijada alacena de la cocina.

No tenía a nadie en este mundo. No tuvo hijos. Su marido había muerto hacía ya mucho tiempo y Leonardo,

un hermano mucho más joven que ella, un día desapareció luego de que su novia de varios años rompió su compromiso de casamiento a pocos días de la boda. Nunca se supo dónde se encontraba. A veces doña Telésfora contaba que andaba por el África. Otras, que había escrito desde Birmania hasta que un día no habló más de él. Las amigas supusieron que había muerto en un país lejano, uno de esos países con nombres que sonarían a crótalos y crisálidas en los cuales, según su hermana, ejercía su oficio de viajante de comercio. Leonardo, cuando vivía en casa de su hermana, nunca trabajó y, por esta razón, para las vecinas y amigas, era un misterio de dónde sacaba plata para viajar tanto y tan lejos. Pero doña Telésfora aseguraba que su hermano trabajaba para una casa norteamericana vendiendo maquinarias agrícolas cuyos últimos modelos poseían motores endiablados.

Cuando doña Telésfora comenzó a adelgazar peligrosamente, sus amigas se asustaron e hicieron que el doctor Pérez, como quien no quisiera la cosa, fuera un día a visitarla para ver si la vieja señora necesitaba de sus servicios gratuitos, porque sabía que la buena mujer vivía de una magra pensión que le había dejado su marido.

El doctor Pérez intentó dos veces ingresar en la casa pero sin resultados. Los fuertes golpes del llamador quedaron sin respuesta y pensó, entonces, que doña Telésfora o estaba durmiendo o había salido, aunque últimamente poco o nada se la veía por el vecindario, salvo cuando salía para comprar abundantes raciones de queso, fiambres, pan y leche.

Las amigas que aún le quedaban resolvieron concurrir una tarde, pero acompañadas por el doctor Pérez. Doña Telésfora les abrió la puerta, pero al ver al médico no pudo reprimir una mueca de disgusto.

Si bien al médico le ofrendó una sonrisa que más bien parecía la mueca de una careta, a sus amigas las fulminó con la mirada. Pero nada les dijo mientras las hacía pasar porque sabía reprimir sus modales delante de gente.

En la sala, las visitas tuvieron que quitar varias cajas que se amontonaban sobre los viejos sillones Luis XV para sentarse.

—No puedo servirles nada —dijo doña Telésfora, resregándose las manos como si se sintiera culpable— porque ustedes han venido sin avisar. De otro modo habría preparado un rico té...

Los tres visitantes dijeron que ese no era el motivo de la visita, sobre todo el doctor Pérez, que la encontraba delgada y muy desmejorada porque, seguramente, no comía comida cocinada desde la muerte de la vieja Abigail.

Aunque se resistió a que el médico la revisara, la anciana dama aceptó ir a su consultorio la semana siguiente —promesa que no cumplió— y accedió a que viniera una muchacha por horas para que la ayudara a hacer la cocina, le limpiara la casa, le acomodara la ropa, luego de lavársela y planchársela.

La rabia de doña Telésfora fue en aumento. Ya no podía contenerse e iba a explotar en cualquier momento cuando las visitas se levantaron para irse, no sin antes echar una serie de miradas hacia las paredes llenas de humedad con sus papeles desprendidos, hacia las ventanas de postigos cerrados por causa de algunos vidrios rotos y al piso sembrado de papeles, de cajas y de libros que se habían caído de los estantes altos de la biblioteca y que la vieja señora no había vuelto a poner en su lugar por miedo a treparse a una escalera. Todas esas cosas tuvieron que sortear antes de ganar la calle.

Las amigas salieron primero para evitar las iras mudas de doña Telésfora. Al final salió el médico, quien le tomó la mano suavemente en señal de despedida y le prometió enviarle al día siguiente una chica de confianza que no le iba a cobrar mucho y que permanecería en la casa lo necesario.

Al día siguiente, Felisa, una criolla robusta y regordeta, golpeó la puerta a las ocho de la mañana. Aunque doña Telésfora escuchó los sonoros aldabonazos no contestó.

Felisa redobló sus golpes con el bronce del llamador, largamente, hasta que la vieja dama fue a abrirle, indignada. Le explicó que estaba en cama, durmiendo y que esas no eran horas para venir a molestar a una señora que no se levantaba temprano.

Felisa se dio cuenta que mentía porque estaba vestida con su traje de salir y no con un batón floreado de entrecasa como los que se ponen todas las señoras que acaban de levantarse de la cama.

Después de cerrar trato sobre las horas de trabajo, quehaceres domésticos a realizar y, sobre todo, lo que doña Telésfora podía pagarle quedaron en que, además de limpiar la casa, tendría que cocinar en forma abundante pues el médico le había recomendado que se alimentara bien para poder ganar así unos kilos que tanta falta le hacían. Ello suponía que Felisa debería hacer las compras, pero doña Telésfora se reservó esa tarea para sí y también el orden de los menús de toda la semana.

El trato se realizó en el zaguán, de modo que Felisa no sabía lo que le esperaba. Al día siguiente, cuando vio la cantidad de roña acumulada en la casa durante largos meses, estuvo a punto de mandarse a mudar indignada. Pero por respeto al doctor Pérez, que jamás le cobraba por la atención de sus chicos y de su padre viejo, sacó fuerzas de flaquezas y durante tres horas todos los días se puso a poner orden en semejante batifondo. Antes tenía que hacerle el desayuno a doña Telésfora. Luego arremetía con los restos de bolsas de arpillera, platos rotos, papeles de envolver, libros caídos de los estantes más altos de la biblioteca, ropa sin lavar que la vieja dama había ido acumulando después de usarla, sobre sillas, sillones, cómodas y cuantas cosas con apoyos o espaldares podía conseguir.

En primer lugar abrió las puertas y las ventanas de par en par. Luego se ató la cabeza con un pañolón y se tapó las narices con dos algodones porque el olor a humedad y a ropa sucia era insoportable y comenzó a sacudir el

polvo y las telas de arañas que colgaban por todas partes. Todo eso durante dos horas, todos los días. A las diez comenzaba a cocinar lentas mazamorras o succulentos guisos y, si tenía tiempo, se daba maña para hacer algún dulce de lima o de leche, un poco de ambrosía o huevos quimbos que su patrona golosa ingería con desatada gula.

Después de servir la mesa se retiraba a su casa, no sin antes arrimarle la silla a doña Telésfora, que se daba aires de estar en un hotel de la Riviera italiana donde, según decía, su marido la había llevado en viaje de bodas.

Cuando Felisa terminó de poner orden en la casa, trató de revisar un altillo que había en el fondo, casi al final del tercer patio, al borde de la huerta que con la dejadez se había convertido en una verdadera jungla. Era una construcción de madera en cuya parte baja había viejas herramientas de jardinería, uno o dos martillos, dos o tres tenazas, una pinza desdentada, una caja de clavos y tornillos y una sierra, todos herrumbrados como si no hubieran sido utilizados durante años.

En la parte superior había algo así como una habitación a la cual se accedía por una escalera cuyos peldaños parecían haber sido utilizados recientemente, pues estaban desgastados y pulidos y carecían de ese aspecto de abandono que tenían todas las otras cosas de la casa.

Doña Telésfora, en el primer día de su llegada, le había prohibido que se ocupara de la pieza superior del altillo. Le dijo que no hacía falta porque en ella se guardaban trastos inútiles, recuerdos de familia y uno que otro mueble desvencijado que cuando tuviera un poco de tiempo haría reparar.

Esa prohibición y, más aún, el alerta que doña Telésfora ponía cuando la nueva sirvienta se acercaba al altillo terminaron por avivar la curiosidad de Felisa.

Un día no pudo más. Simuló olvidarse el monedero sobre la mesa de la cocina. Se despidió de su patrona y se marchó. Pero al llegar a la esquina se detuvo y esperó un rato. Luego regresó, abrió la puerta, la cual había dejado

entreabierta y calzada, y penetró en puntas de pie, como deslizándose, hasta la cocina.

Al llegar a ella para tomar el monedero, se corrió hasta el fondo y vio a doña Telésfora que trepaba con dificultad la escalera del altillo llevando en sus manos una bandeja con parte de la comida que la sirvienta había cocinado ese día y que pensaba que la anciana debía comer por la noche.

Al llegar arriba, doña Telésfora dejó la bandeja en el suelo, sacó del fondo de sus polleras una enorme llave y la introdujo en la cerradura de la puerta haciéndola girar. Luego recogió la bandeja con una mano y con la otra hizo girar el picaporte. La hoja se abrió con un largo y doloroso chirrido y la vieja señora desapareció en el interior. Luego la puerta se cerró.

Felisa se aproximó con cuidado, pero no se atrevió a subir la escalera por miedo a que ésta crujiera y la delatará. Pero se introdujo en la pieza inferior donde estaban las herramientas herrumbradas y trató de escuchar los murmullos de una conversación que provenía del techo. Se subió al banquito que allí había. Doña Telésfora hablaba con alguien pero por más que Felisa se empinaba no podía entender lo que decían. Lo único que podía advertir era que con doña Telésfora hablaba un hombre.

La sirvienta se apresuró a salir del cuarto de las herramientas. Con paso ligero pasó por la cocina, recogió el monedero y se lanzó a la calle, intrigada.

Al día siguiente, cuando volvió, la bandeja estaba en su sitio. Los platos, los cubiertos y la taza, en los cuales doña Telésfora había llevado la comida al habitante del altillo, estaban lavados. Sólo estaban sucios los servicios que había utilizado la anciana dama en el mediodía anterior.

Felisa dejó pasar una semana y media antes de repetir la operación. Dejó su monedero, salió y calculó que doña Telésfora ya se había dirigido al altillo con la comida.

Esta vez, en el cuarto de herramientas, se subió a un

banco de carpintero y levantó la cabeza para escuchar. Otra vez doña Telésfora y el hombre del altillo conversaban, pero en voz baja. De pronto, el hombre estalló en sollozos. Doña Telésfora se calló.

Nerviosa ante el silencio que anunciaba la salida de su patrona, Felisa se bajó del banco de carpintero. Velozmente atravesó el segundo patio, recogió el monedero y se lanzó a la calle. Esta vez tenía el corazón en la boca. Comenzó a imaginar cosas terribles, tantas que se asustó y llegó a su casa sin aliento.

Después de almorzar y de conversar con su marido de lo que acababa de oír, decidió ir a la casa del doctor Pérez, primero, porque él era quien la había apalabrado para que se hiciera cargo del trabajo. Pero después decidió ir a hablar con el comisario. En esto último estuvo de acuerdo con su marido. De modo que al día siguiente se apersonó a la comisaría y pidió ver a su titular. Después de media hora de hacerla esperar, el comisario la recibió.

Le contó todo lo que había visto y oído en casa de doña Telésfora. Pero antes le describió con pelos y señales el estado en que encontró la casa cuando se hizo cargo de las tareas.

El comisario se rascó largamente la barbilla, gesto muy suyo cuando pensaba y al mismo tiempo estaba preocupado. Luego de unos instantes entró en el despacho un sargento con un mate en la mano y se lo ofreció. El comisario le dio una larga chupada, al final de la cual el mate hizo unos borborigmos. El comisario miró hacia el cielo-raso y dijo:

—Esto es asunto del juez.

Felisa se asustó y le pidió que no le dijera que ella le había contado todo lo que pasaba en la casa de doña Telésfora. Pero el comisario le respondió que ya no había nada que hacer y que la justicia tenía que seguir su curso aunque le prometió que no iba a mencionar su nombre; simplemente, diría que por una denuncia anónima se había enterado de los hechos.

La mujer se lo agradeció y se retiró no sin antes prometerle que le haría llegar unos bollos con chicharrones que iba a hornear la semana siguiente.

Al día siguiente, Felisa fue a trabajar como de costumbre, hasta pasada la una de la tarde. Pero cuando abrió la puerta cancel para salir, se encontró con el juez Ordóñez quien le preguntó si estaba doña Telésfora. A lo cual le respondió que sí, que estaba por dormir la siesta.

Junto con el juez venían el comisario, dos escribientes del juzgado y un sargento.

De mala gana, Felisa fue hasta la cocina. En ese momento doña Telésfora comenzaba a preparar la bandeja para llevársela al habitante del altillo.

Al verse sorprendida, la vieja dama la miró con rabia. Felisa le avisó que el juez Ordóñez estaba en la puerta y que necesitaba hablarle urgentemente. Pero no le dijo que también venían el comisario, un sargento y dos escribientes del juzgado.

La noticia le cambió la cara a doña Telésfora. De roja se puso pálida, es decir, que de la rabia pasó al miedo.

—¿Qué querrá el doctor a estas horas? —se preguntó. Luego le dijo a Felisa:

—Hacelo pasar a la sala. Decile que ya voy.

Y comenzó a lavarse las manos.

Felisa hizo todo lo que le habían dicho: el doctor Ordóñez pasó a la sala como así también los dos escribientes, y el comisario. El sargento se quedó en el zaguán alegando que allí estaría hasta que lo llamaran si era necesario hacer uso de la fuerza pública.

En cuanto pudo, la cocinera se hizo humo. Pero no se alejó de la casa sino que se quedó merodeando por las cercanías para saber qué pasaría con el misterio de doña Telésfora.

Después de un cuarto de hora de hacer esperar al juez Ordóñez y al comisario, doña Telésfora se presentó en

la sala con una sonrisa. Pero más parecía que mostraba los dientes de rabia que una sincera urbanidad.

—¡Buenas tardes, señor juez! —dijo, plantándose en medio de la sala—. ¡Buenas tardes, señor comisario! ¿En qué puedo servirles a esta hora?

Marcó con fuerza el “¿en qué puedo servirles a esta hora?”

El juez, el comisario y los dos escribientes se pusieron de pie. Ordóñez dijo con voz pausada, como si tuviera miedo de herir a la anciana:

—Señora Telésfora: hace años que nos conocemos. He sido muy amigo de su marido y de su hermano... que Dios los tenga a ambos en su gloria...

—¡Al grano, señor juez...! —lo cortó intempestivamente doña Telésfora.

El juez carraspeó como si en lugar de su garganta quisiera componer el discurso interrumpido, que había armado cuidadosamente antes de venir. Luego dijo:

—He recibido una denuncia... O mejor dicho, el señor comisario ha recibido una denuncia anónima...

—¿Se puede saber de quién? —interrumpió la vieja dama con una mezcla de indignación y a la vez de temor.

—Por razones del secreto del sumario —dijo pomposamente el juez— ... no puedo revelar su nombre...

—¿Y en qué consiste la denuncia, se puede saber? —insistió doña Telésfora, cada vez más pálida.

—Se la acusa de tener secuestrada a una persona en su casa... —dijo el juez, ajustándose el nudo de la corbata.

Doña Telésfora lanzó una carcajada. Luego la cortó en seco:

—¿Yo? ¿Secuestrar a una persona? No se imagina, señor juez que... —dijo la vieja dama. Pero de nuevo fue interrumpida por el juez:

—Desgraciadamente debo dar curso a esa denuncia. Por eso vengo... El señor comisario tiene una orden de

allanamiento firmada por mí en caso de que usted no acceda. Debo revisar la casa.

Doña Telésfora se tambaleó pero hizo un esfuerzo y se repuso.

—Puede pasar a revisar toda la casa, señor juez... —dijo temblorosa—. Toda la casa, menos el altillo del fondo...

—Precisamente, tengo el mayor interés en el altillo del fondo —dijo el juez, masticando sus palabras.

—¡Usted no debe violar un secreto de familia...! —dijo doña Telésfora al borde de la desesperación y de la angustia.

—Hagamos las cosas más sencillas —dijo Ordóñez—. No me obligue a usar la fuerza pública en contra de usted. En la puerta está el sargento Mayorga esperando mi llamado... —agregó finalmente, mortificado.

Doña Telésfora pensó un momento. Luego dijo:

—Pero les ruego que no digan a nadie ni una palabra de todo lo que vean... Porque no tienen derecho a manchar mi buen nombre ni el de mi familia...

El comisario, el juez y los escribientes asintieron con la cabeza. El juez murmuró algo así como un "veremos".

Doña Telésfora, seguida por el juez, el comisario y los escribientes se dirigieron al altillo del fondo. La anciana subió con dificultad las escaleras. Del bolsillo de su falda sacó la enorme llave, la metió en la cerradura y la hizo girar. La puerta se abrió lentamente y la anciana, seguida por su comitiva, penetró en la exigua pieza donde había un armario antiguo, sin espejo, una cama de una plaza cubierta por un cubrecama floreado, una mesa y varias sillas. En una de ellas, de cara a la pared, estaba un hombre anciano.

—¡Buenos días, Leonardo! —dijo doña Telésfora—. El juez Ordóñez, ¿te acordás?, quiere verte.

El hombre se volvió y arrimó, como aterrado, aún más su cara a la pared.

—¡Ya te he dicho que no quiero ver a nadie! —dijo

con rabia contenida—. No quiero que se rían de mi desgracia... —agregó como un lamento.

—¿Qué desgracia? —preguntó el juez Ordóñez con voz trémula.

Hubo un silencio. El juez Ordóñez insistió:

—¿Que desgracia?

—Mi hermana se lo puede contar —respondió el hombre.

—¿Es usted don Leonardo Ariza? —le preguntó el juez Ordóñez, esta vez con un tono firme.

—Sí, señor —respondió el hombre—. Y no diré nada más. No quiero que el pueblo se burle de mí diciendo que soy un monstruo, porque en verdad lo soy. ¡Ya lo sabe! Ahora usted y sus hombres pueden ir a contarles a todos pero no verán mi cara.

Estas últimas palabras las dijo con firmeza. El juez permaneció en silencio un largo rato. Luego le preguntó a doña Telésfora:

—¿Desde cuándo se encuentra aquí?

—Desde que su novia rompió el compromiso unos días antes de su boda, hace cuarenta años. Él cree que lo hizo porque era horriblemente feo. Y se encerró en esta habitación. No quiere mostrar su cara a nadie, ni aun a mí...

El juez Ordóñez se mordió el labio inferior en señal de reproche. Tenía la sensación de haber violado el secreto de una tragedia. Se dio media vuelta y comenzó a marcharse diciéndoles a los de su comitiva:

—¡Vamos, nada tenemos que hacer aquí!

Doña Telésfora prorrumpió en un llanto desesperado cuyos sollozos la sacudían convulsivamente.

EL JOVEN MIDAS

Para Kunkún y Pocho Auguste

La señora Ermelinda quedó viuda muy joven y además con un hijo que le nació un mes después de la muerte de su marido. Con toda dificultad crió al niño. Para ello tuvo que hacer los oficios posibles en una mujer: lavar ropa para los ricos del pueblo, pelar caña durante las cosechas, hacer mandados, todo para conseguir los pocos pesos que le servían para alimentar a su Ramón que creció fuerte y sano. Los dos vivían en un rancho alejado del pueblo. Cuando el chico cumplió los diez años, dejó de ir a la escuela y comenzó a ayudar a su madre: fue pastor de cabras y ovejas, primero; luego muchacho changador y a los doce años comenzó a pelar cañas con su madre.

Doña Ermelinda quería que su Ramón aprendiera un oficio, pero al llegar a la adolescencia el mocetón comenzó a sentir una fuerte pasión por los caballos. Se hizo domador. Primero aprendió a chalanear a los baguales, a hacerlos trotar tirándolos del cabestro y al caer la tarde, llevarlos al río donde los bañaba para que se les quitaran los nervios.

A los 18 años lo dejaron subir a los redomones ya blandados aunque todavía duros de boca. Un año después

lo dejaron subir a un bayo crinado que no parecía tan bravo como los otros de la tropilla. Pero era un caballo escondedor. En cuanto lo soltaron del palenque comenzó a dar grandes corcovos, a bufar como una locomotora y a tirar patadas a diestra y siniestra. Y lo peor de todo fue que el bagual se acercaba peligrosamente al palenque como si quisiera aplastar al jinete contra el palo a pique para sacárselo de encima.

Al ver el peligro, Ramón tiraba fuertemente de la guatana, tanto a la izquierda como a la derecha. Pero el demonio pasaba rozando el palenque aunque el jinete lo curtía a talerazos cada vez que se arrimaba.

De pronto, el caballo se lanzó a una carrera desenfrenada. Primero dio vueltas al corral y luego enfiló hacia la tranquera como si tuviera el propósito de saltarla para salir a campo abierto en busca de su libertad. Ramón, al adivinar las intenciones del bagual, le clavó las nazarenas con fuerza tratando de afirmarse y se agarró de las crines con las dos manos, como esperando el salto. Pero el caballo clavó las manos en seco a pocos metros de la empalizada y el muchacho salió despedido como si fuera "el hombre bala" del circo de "Los hermanos González". Pegó con la cabeza en la tranquera y cayó el suelo levantando una terrible polvareda.

Algunos corrieron a levantarlo y otros, aventando sus ponchos, trataron de alejar al caballo a quien se le veían unas ganas bárbaras de rematar su obra a patadas.

Cuando la nube de tierra se disipó, los peones, el capataz y los domadores más veteranos vieron que Ramón tenía una terrible herida en la cabeza de la cual le salía sangre en abundancia.

Lo pusieron sobre una manta y lo llevaron al rancho de su madre. Al llegar, estaba muy pálido y tenía un ronquido oscuro, casi como el de los agonizantes.

La pobre mujer, al ver a su hijo en ese estado, comenzó a llorar dando grandes gritos, como si fuera una llorona de velorio. Después se calmó. Los peones deposita-

ron a Ramón sobre un catre y la mujer se calmó al ver que la sangre había dejado de brotar del tajo.

Doña Ermelinda trajo un lavatorio de agua con sal y comenzó a lavar la herida, alrededor de la cual ya se habían formado unos costrones de un color morado oscuro que taponaban la salida de la sangre. Y por eso, doña Ermelinda se cuidó muy bien de quitarlos.

Al poco tiempo fueron llegando las mujeres, que trataban de consolar a la viuda aunque ésta ya no lloraba, como si las lágrimas se le hubieran secado junto con la sangre. Una de las vecinas recomendó que antes de vendarlo, lo volviera a lavar con agua de malva. Una segunda alabó las virtudes del geranio machacado y una tercera recomendó con toda sabiduría que recogieran telarañas de los cañizos del techo y con ellas hicieran un emplasto para ponérselo en la herida. Era un remedio infalible para evitar cualquier infección.

De unas enaguas viejas, doña Ermelinda sacó largos hilos y le vendó la cabeza al muchacho. Una comadre, finalmente, trajo de la cocina una pala llena de brasas y echó sobre ellas unas hojas de romero para ahuyentar a las moscas hambrientas que se abalanzaban sobre la cabeza de Ramón para alimentarse y también para depositar sus queresas.

La madre y las mujeres, con esa terrible paciencia que tienen las criollas para soportar las desgracias, se sentaron en silencio alrededor del catre del herido mientras doña Ermelinda, con un pañuelo, lo aventaba para evitar que cualquier bicho se le posara en el vendaje debajo del cual ya le habían puesto el emplasto de telarañas y de hojas de geranio machacadas.

Al amanecer, las mujeres se fueron yendo una a una, prometiendo todas que a la tarde siguiente volverían cuando se hubieren librado de los quehaceres domésticos.

Doña Ermelinda se quedó sola con el hijo y, cuando comenzó a salir el sol, la luz la sorprendió cabeceando y luchando para no quedarse dormida. De pronto se levantó,

se lavó la cara con agua fría, avivó el rescoldo, le echó unas leñitas, puso la pava y se cebó unos mates.

Ramón estuvo inconsciente durante una semana. El médico del pueblo no llegó nunca aunque había dicho que iría luego de atender a una parturienta, primero, y a dos heridos en un duelo criollo, después.

A la madrugada del octavo día, Ramón abrió los ojos y con voz ronca dijo: "agua". Entonces comenzó a llover furiosamente. Las gotas pegaban tan fuerte en las casas del techo que algunas conseguían pasar. Llovió todo el día y al día siguiente y también el martes y, sobre todo, cada vez que el muchacho pedía "agua" la lluvia redoblaba sus chicotazos. El agua caía con rabia castigando árboles y animales, pastos y piedras. Era tan fuerte que las mujeres no pudieron llegar hasta el rancho del enfermo. Además, el río comenzó a crecer de golpe y arrastraba troncos, malezas, chanchos y vacas hinchados que flotaban a la deriva golpeándose contra los enormes pedregones y contra las pocas orillas que quedaban visibles, pues la corriente comenzaba a desbordarse y a salir a los campos arrasando sementeras y sembrados con la misma furia con que llovía.

Cuando doña Ermelinda quiso arrimarle el jarro con agua a la boca para que bebiera, Ramón murmuró: "¡Basta!". Y desde ese momento la lluvia cesó de golpe y al poco rato salió un sol, también rabioso, como si nunca hubiese llovido. Fue a tiempo porque el agua de la inundación ya estaba muy cerca de la puerta del rancho.

La mujer, al principio, no quiso creer todo lo que veía, pero se convenció cuando, al mediodía, el muchacho dijo, con una voz ronca, la palabra: "¡Comida!". De inmediato, la única pieza del rancho comenzó a llenarse de pavos, lechones, humitas, tamales, ollas con locro, asado de costilla, chorizos, morcillas, ensaladas y postres variados: huevos quimbos, dulce de lima, ambrosía, frutas brillantadas...

La comida estaba a punto de tapar a la vieja y a su hijo cuando éste dijo muy quedamente: "¡Basta!". Y las comidas dejaron de aparecer.

Ese día, la mujer y el hijo se dieron un atracón. Pero al día siguiente tuvieron que enterrarlo todo porque las cosas comenzaban a echarse a perder. De noche, doña Ermelinda cavó un pozo y allí fue arrojando todos los restos del banquete que habían sobrado. Recién a la madrugada terminó su trabajo cuando tiró la última palada de tierra.

Entonces se le ocurrió la idea de que podía ser rica. Cuando Ramón se despertó, le rogó al oído que dijera la palabra "¡Plata!". El muchacho la miró con ojos grandes. Ermelinda volvió a insistir poniendo esta vez una cara de santa martirizada y el muchacho no se hizo de rogar. En la pieza comenzaron a aparecer rastras, monedas, riendas, fuentes, cubiertos y hasta una jarra con su palangana, todo de plata.

La vieja tuvo miedo y le ordenó al hijo que dijera "¡Basta!". De inmediato, las cosas dejaron de aparecer como por encanto.

Doña Ermelinda tomó todas las monedas que pudo, se puso su mejor vestido y se fue al pueblo, muy apurada, para cambiar las monedas y comprarse algunas cosas que desde hacía tiempo deseaba tener y otras que, realmente, necesitaba.

Cuando llegó al almacén de ramos generales, le mostró al dependiente algunas monedas y le preguntó si valían y qué podía comprar con ellas. Al hombre casi se le caen los quevedos que siempre llevaba casi en la punta de la nariz. Le dijo que esperara y se llevó una moneda al despacho del dueño.

Al rato volvieron los dos con unas caras de pascuas, deshaciéndose en zalamerías. Le dijeron que si bien las monedas no corrían más porque eran muy antiguas, se las podía comprar al peso, es decir que podía llevarse toda la mercadería que quisiera. Mientras le ofrecía el almacén, el dueño, muy ladino, como al pasar le preguntó dónde había

encontrado las monedas y doña Ermelinda, que era muy ligera para mentir, le dijo que eran de un bisabuelo suyo que había peleado en la batalla de Pozo de Vargas con el general Taboada. En resumen, un recuerdo de familia que ella guardaba para un caso de necesidad como el que ahora tenía con el accidente de su hijo, a quien debía llevar a la Capital para que los médicos lo vieran porque había quedado mudo del golpe.

El tendero y su dependiente pusieron caras de compungidos y, luego de mucha comprensión, le vaticinaron que Ramón se iba a curar pronto, que ellos sabían de otros casos de golpes similares cuyas víctimas no sólo habían quedado mudos sino ciegos y hasta sordos, pero que todos se habían curado con el tiempo y con paciencia.

Después que doña Ermelinda eligió unas varas de batista para hacerle unas camisas a Ramón, unos batones con flores grises para ella, unos tres trajes para su hijo y un corte de bayeta para hacerse algo serio que le pudiera servir para los domingos y días de fiesta, pidió una sartén grande, otra chica, una pava, varias ollas y cacerolas, entregó las monedas y se marchó con su carga contra la insistencia del patrón y su dependiente quienes querían saber algo más de su antepasado, alabando su valentía de soldado, cuando en realidad lo que querían saber era si la vieja tenía guardadas más monedas. Sobre todo, el viejo tendero no podía disimular su codicia. En cambio, el dependiente sólo hacía coro repitiendo como un eco todo lo que decía su patrón.

Cuando llegó al rancho, Doña Ermelinda reflexionó sobre todo lo que le había pasado. De pronto se dio cuenta de que tanto el dueño del almacén de ramos generales, como su dependiente, irían a contar por todo el pueblo que era dueña de un tesoro. La gente comentaría, habría averiguaciones y hasta era posible que el comisario viniera a preguntarle si había robado las monedas de plata, amén de los pechazos que recibiría de sus amigas. Y de razonamiento en razonamiento, se imaginó finalmente que le robarían a su Ramón para explotarlo.

Por todo esto, decidió calladamente irse lejos del lugar. Limpió bien el rancho. Enterró, debajo de un chañar, las cosas de plata. Metió toda la ropa que pudo en una valija, levantó a su Ramón, que ya podía caminar, recomendándole que no hablara para nada, sucediese lo que sucediere, y ambos se marcharon al pueblo vecino donde tomaron el tren.

Cuando el boleterero le preguntó a dónde iban, le contestó que lo más lejos posible. El hombre los miró extrañado, se rascó la coronilla y les dio un boleto para una estación del Norte de Santa Fe que tenía el nombre de un general.

A la madrugada llegó el tren. En la sala de espera, Doña Ermelinda tuvo miedo de que su Ramón hablara y que provocara una catástrofe al nombrar alguna cosa. Decidió, entonces, vendarle la boca con una tira de trapo que sacó de su valija.

El viaje duró todo el día y al día siguiente, casi al atardecer, llegaron al pueblo. Siempre teniendo a su hijo por la mano, doña Ermelinda preguntó por un hotel. Le dijeron que no había pero que doña Hermógenes Mendoza recibía pasajeros en su pensión, que los precios eran módicos y que la casa era limpia.

Antes de llegar a la pensión, en una calle solitaria, doña Ermelinda le desató la venda de la boca a su Ramón y le dijo que pronunciara la palabra "¡dinero!", pero muy rápido y que luego dijera la palabra "¡basta!".

El muchacho dijo "¡dinero!", pero se demoró en decir la palabra "¡basta!" y muchos billetes se le escaparon de la mano a doña Ermelinda antes de que pudiera guardarlos en la valija. Y el viento se los llevó por la calle como a esos volantes que arrojan los circos o las compañías de radioteatro cuando hacen propaganda para sus funciones por los pueblos. Luego le volvió a vendar la boca al hijo y los dos se marcharon en busca de la pensión de doña Hermógenes Mendoza.

Cuando llegaron, ya la dueña se había acostado y los

atendió una chinita descalza, pero orgullosa y rezongona pues se creía la patrona en ausencia de ella.

Doña Ermelinda le preguntó si tenía alguna pieza para alquilar, por muy pocos días pues no sabía si ella y su hijo se quedarían en el pueblo. Al ver el vestido humilde de la mujer, la chinita estuvo tentada de decirle que todos los cuartos estaban ocupados, pero doña Ermelinda se le adelantó, sacó de su corpiño algunos billetes que había guardado para los gastos menores y los puso sobre la mesa que hacía de mostrador. A la muchacha le brillaron los ojos y tartamudeó nerviosa:

—¡Espere que llame a la patrona!

Después de un rato volvió, seguida por una mujer gorda, de pelo negro y de cara muy blanca por la crema facial, cuyos ojos todavía estaban pegados por las lagañas de un sueño interrumpido pues no había tenido tiempo de lavarse, ni mucho menos de peinarse y quitarse los trapitos que oficiaban de rulos.

Doña Hermógenes Mendoza, al ver a doña Ermelinda y sobre todo a su hijo con la boca vendada, terminó por despertarse. No se pudo contener y exclamó:

—¡Pobre muchacho! ¿Qué le pasó?

Doña Ermelinda le contestó falsamente compungida:

—¡Fue un accidente! ¡Pero ya está bien, casi bien!

La dueña de la pensión retomó su actitud altanera y con su voz rasposa de pajarraco, dijo:

—Sepa usted, señora, que la pieza cuesta cinco pesos diarios, pues ustedes son dos y sólo puedo alquilársela por una semana. En la otra, llegará un viajante de comercio de Rosario, un antiguo cliente al que ya se la he prometido. ¡La semana se cobra por adelantado!

Doña Ermelinda no dijo ni pío: sacó el rollo de pesos nuevecitos de su corpiño, contó siete billetes de cinco pesos y se los extendió a doña Hermógenes, quien los contó minuciosamente. Finalmente, al ver que eran tan nuevos, los fue mirando al trasluz para descubrir si tenían o no le-

tras de agua, es decir si eran o no falsificados. Luego condujo a la madre y al hijo hasta una habitación que quedaba en el fondo, sobre un patio de tierra, y pegada a una tapia por encima de la cual asomaba sus ramas una robusta higuera. Les dio la llave de la pieza y se marchó no sin antes decirles:

—¡Aquí se almuerza a la una y se cena a las diez de la noche! El precio incluye dos comidas. Todo lo demás es aparte.

Dio unos pasos pero luego se acordó, dio media vuelta y dijo:

—¡El baño está en la mitad del patio de baldosas!

Cuando se quedaron solos en la pieza, doña Ermelinda le desvendó la boca a Ramón y le exigió:

—¡Ramón, decí "¡dinero!" y luego decí "¡basta!"

Ramón dijo "¡dinero!" y la cama se llenó de billetes de cinco, diez y cien pesos. Luego dijo "¡basta!" y el chorro de billetes se cortó de inmediato.

Doña Ermelinda sacó toda la ropa de la valija y la puso en el armario de la pieza. Luego acomodó los billetes en la valija, junto con los anteriores. Eran tantos que para cerrarla tuvo que sentar a Ramón encima.

Al día siguiente, decidió ir al banco a depositar el dinero. Pero no se llevó todo para que no sospecharan. Asimismo, cuando el cajero vio la suma y terminó de contar los billetes, lanzó un silbido de asombro que sorprendió a doña Ermelinda.

—¿Algo está mal? —preguntó la mujer.

—¡No! ¡No! —dijo el cajero. Y luego, como al pasar, comentó:

—¡Es una buena suma!

Él le aconsejó a doña Ermelinda que pusiera el dinero en caja de ahorros porque daba más interés. En cuenta corriente no pagaba nada.

Tres días más tarde, la mujer llevó otra suma igual al

banco y la depositó. El cajero la recibió con una gran sonrisa de oreja a oreja que no se le borró de la boca hasta que terminó la operación. Cuando se despidió, le hizo a doña Ermelinda una grandísima reverencia.

Dos meses más tarde, doña Ermelinda decidió comprar una casa nueva en las afueras del pueblo, cómoda y bien instalada.

Para ese entonces, ya se había comprado numerosos vestidos y otros tantos trajes, camisas, zapatos y ropa interior para Ramón que la seguía a todas partes como un perro mojado. Aunque estaba sano y su madre le había quitado las vendas de la boca, sabía que no podía hablar sin causar una catástrofe.

Una noche, doña Ermelinda lo sintió roncar y temiendo que fuera a hablar en dormido, lo despertó y lo hizo poner de costado. Sabía que en esa postura, los que dormían no roncaban, ni mucho menos hablaban. Por precaución, decidió vendarle la boca a Ramón antes de dormir.

Fue por ese entonces, luego de comprarse la casa, cuando decidió abandonar la pensión de doña Hermógenes Mendoza.

Tres meses más tarde, se compró un campo de unas mil quinientas hectáreas con animales y algo de trigo. Para pagarlo resolvió sacar plata del banco aunque dejó la mitad del dinero para no despertar sospechas.

A la casa la llenó de muebles finos y de vajillas importadas que compró en la ciudad de Santa Fe cuando hizo un viaje con Ramón, al que no dejaba ni a sol ni a sombra. A esta altura, la madre lo manejaba con los ojos y el pobre mudo le obedecía sin chistar porque la madre le había explicado que si se descubría el origen de su fortuna los podrían robar o, lo que era peor, podrían robar a Ramón para que les fabricara dinero a los ladrones.

Un año más tarde, la viuda ya era dueña de varios campos: uno con girasol, otro con trigo y un tercero, con animales.

Doña Ermelinda ya no necesitó depositar en el banco el dinero que producía Ramón con sus palabras. Lo que depositaba era el producto de sus ganancias.

De mujer rústica, había adquirido maneras y buen gusto aunque a veces mostraba la hilacha.

Pero el que seguía siendo un rústico era Ramón quien, al no poder abrir la boca, no podía completar su escuela primaria, como lo deseaba.

Un día, doña Ermelinda recibió la visita de las damas de la Sociedad de Beneficencia del pueblo. La viuda encerró a su hijo en una de las últimas piezas de la casa y le echó llave.

La comisión estaba compuesta por la mujer del juez de paz, por la señora del comisario, por la mujer del boticario y por la directora de la escuela primaria provincial (porque los vecinos aún no habían logrado que les pusieran una escuela normal nacional, de modo que los que querían ser maestros debían viajar como ochenta kilómetros hasta otro pueblo más grande).

Las damas de la comisión se extrañaron de que doña Ermelinda no tuviera personal de servicio como ellas tenían y de que la viuda se ocupara personalmente de todos los quehaceres de la casa, siendo ésta tan grande.

Doña Ermelinda hizo pasar a las señoras a la sala y éstas admiraron no sólo los muebles de estilo, sino el gran piano de cola que la viuda había comprado pensando que, alguna vez, Ramón podría aprender música cuando le pasara la enfermedad del vocabulario.

La conversación se estiró más de una hora hasta que las señoras de la Sociedad de Beneficencia descubrieron el motivo de su visita: venían a pedirle una donación para el asilo de huérfanos que pensaban fundar. Doña Ermelinda aceptó, como así también la invitación de la mujer del farmacéutico para que se hiciera miembro de la cofradía de San Ramón Nonato, abogado de las parturientas, que era el patrono del pueblo.

A las dos cosas, la viuda dijo que sí. Y luego de servirles a las señoras un licor de menta, en un juego de cristal tallado que sacó de un aparador imponente, fue hasta su pieza, abrió la vieja valija, extrajo un fajo voluminoso y se lo puso en manos de la mujer del juez de paz que no podía creer lo que veía.

Desde ese día, doña Ermelinda fue mimada por todas las señoras del pueblo. No había reunión a la que no la invitaran, ni asociación que no se preciara de tenerla como socia. Aceptaba todo y, por supuesto, llevaba succulentos donativos.

Sin embargo, de pronto comenzó la intriga en todos los medios sociales y la gente se preguntaba por qué esta dama, habiendo llegado al pueblo con un hijo, éste no la acompañaba a ninguna de las reuniones. Se tejieron las teorías más delirantes: que el hijo era loco, razón por la cual su madre lo tenía encerrado, que era un monstruo horrible y por eso llevaba la cara vendada y su madre vergüenza de mostrarlo, que el muchacho había cometido un crimen y era perseguido por la policía.

A doña Ermelinda nadie se atrevía a preguntarle la verdad. Temían ofenderla y que las donaciones se cortaran.

La mujer, que no era tonta, se dio cuenta del clima de misterio que había creado y un día, en medio de una reunión, dejó escapar, como al descuido, su pesar sobre la mudez de su hijo. Fue luego de que una de las señoras de la cofradía de San Ramón Nonato, que la había invitado a tomar el té, hizo recitar a uno de sus niños varones una poesía alusiva a una madre que guardaba un gran secreto y que al final revelaba el gran sacrificio que ella hacía por el hijo.

Doña Ermelinda aplaudió con falso entusiasmo. Luego también lanzó un gran suspiro y después de un fingido quejido dijo:

—¡Qué bien habla y qué bien recita su hijo, señora!

Y se secó una lágrima con un pañuelito de randas. Hizo una pausa y agregó:

—En cambio, a mi Ramón, el Todopoderoso me lo ha privado del uso de la palabra...

Se hizo un silencio entre las invitadas. La viuda, cuando vio que la expectativa estaba del todo madura, explicó:

—¡Mi pobre Ramón tuvo un accidente... Un caballo lo tiró hace algunos años, se golpeó la cabeza contra una piedra y perdió el uso de la palabra...!

Luego, para aliviar la tensión que había creado, agregó:

—¡Por suerte ya sabía leer y escribir y gracias a ello podemos comunicarnos! Cuando desea algo me lo escribe en un papel y yo le contesto, porque el muchacho es mudo pero no es sordo...

Las damas del té derramaron sus compasiones melosas y sus deseos de que Ramón se curara. Hubo quien citó el nombre de un médico famoso que había curado casos semejantes y otras personas le recomendaron tener fe en el santo patrono del pueblo, que por algo era tocayo del muchacho, rezarle siempre y hacerle una succulenta promesa para que el niño se curara.

Pero si bien la curiosidad de las damas se calmó momentáneamente, otros personajes pensaron que era bueno aliviar a doña Ermelinda del enorme peso de su fortuna. Eran dos miserables rateros de gallinas que con su oficio poco o nada sacaban para vivir. De modo que decidieron dar el gran golpe que podía cambiarles las vidas haciéndolos dueños de una parte del mucho dinero de la viuda que aprovecharían en otra ciudad muy, pero muy alejada del pueblo.

Como el riesgo era grande, los dos ladrones decidieron preparar el golpe con todo cuidado. En primer lugar, rondaron de noche la casa de doña Ermelinda, fijándose por donde podían entrar, como así también por donde podrían huir en caso de que las cosas fallaran.

En el inventario, que memorizaron cuidadosamente,

advirtieron que la casa tenía un fondo muy grande: una enorme tapia rodeaba una huerta llena de naranjos, nísperos, mamones, arrayanes, higueras, moreras, albarillos y ciruelos y dos gigantescos palteros.

Pero había un inconveniente: la parte de arriba de la tapia estaba sembrada con astillas de vidrios de viejas botellas empotradas en una espesa argamasa, lo cual hacía casi imposible saltarla. Pero como ya habían asaltado y saltado por encima de otras tapias similares, sabían que eso era un simple impedimento. Hicieron una especie de colchoneta con muchas bolsas de arpillera para conjugar el filo de los miles de vidrios que se levantaban amenazadores y, gracias a una escalera casi renga, pasada la medianoche, se descolgaron en el huerto. Antes, probaron si la viuda no tenía perros, porque para eso ya tenían preparado el remedio: unas albóndigas de carne con vidrios molidos que debían arrojárselas a los guardianes unas seis horas antes del atraco para que produjeran su efecto cerca de la medianoche.

Pero no, doña Ermelinda no tenía perros por miedo a que asustaran a su Ramón y que éste, por efecto del susto, fuera a pronunciar alguna palabra, es decir, una catástrofe que al final los delatará.

La primera noche fue de exploración. Munidos de una linterna sorda, ambos compadres avanzaron cautelosamente esquivando los árboles frutales. Luego, cuando estuvieron en la galería que daba a la cocina, probaron la firmeza de las puertas y ventanas. La cosa fue fácil pues ninguna de ellas tenía tranca, ni falleba, ni pasador. Luego pasaron a las dos últimas piezas, donde deberían dormir las sirvientas. Pero como la viuda no las tenía, los cuartos habían sido ocupados con trastos inútiles, producto del vocabulario ocasional de Ramón.

En puntas de pie llegaron hasta la puerta del segundo dormitorio pero pasaron de largo al escuchar el arpegio de ronquidos que producía la garganta de doña Ermelinda desde la primera pieza. Avanzaron confiados hacia el comedor, primero, y luego hacia la sala donde se maravilla-

ron con las jponerías y chinerías que atesoraban las innumerables vitrinas.

Más tarde, se volvieron silenciosamente tal como habían venido, saltaron la tapia y se fueron a dormir en el rancho que tenían cerca del río. Pero no pudieron hacerlo y la madrugada los sorprendió trazando planes y desechándolos, siempre pensando en la fortuna maravillosa que tenían al alcance de la mano.

A la noche siguiente repitieron la operación pero se detuvieron en las dos últimas piezas, en las cuales estaban los trastos. Comenzaron a revolver todo con gran minucia no dejando cosa sin abrir, vaciar y sacudir para ver si caía del fondo de alguna petaca, tarro, paraguas, arcón, florero o jarrón, los ansiados fajos de billetes que iban a asegurarles la tranquilidad de por vida.

Cuando un gallo de la vecindad cantó con entusiasmo, y los otros más lejanos le fueron respondiendo hasta formar un horizonte de kikirikíes, comprendieron que debían retirarse porque el alba se avecinaba.

Pero en la tercera noche fue cuando ocurrió la catástrofe, de la cual todavía se acuerda todo el pueblo, y aunque se dan miles de explicaciones para encontrar sentido a una cosa que fue tan terrible pero al mismo tiempo tan disparatada, como la muerte de doña Ermelinda, de su hijo Ramón y de dos rateros miserables y que tantos problemas de limpieza le había causado a la municipalidad, nadie logró dar en la tecla.

Cuando los rateros llegaron al dormitorio de Ramón, éste ya estaba despierto porque la noche anterior los había escuchado hacer sus ruidos de lauchas y cucarachas entre papeles como hacen todos los que van a robar.

Pero cuando los ladrones, de golpe, lo enfocaron con sus linternas, el muchacho dio un salto en la cama y dijo con voz ronca:

—¡Uyyyy, mierda!

Pero no dijo "¡basta!". Doña Ermelinda, esa noche, se había olvidado de vendarle la boca.

BIBLIOTECA DE LETRAS
Donación
de Inés y David
Lagmanovich

EL MENSAJE

Al anochecer, los paisanos fueron llegando lentamente al rancho de la vieja. El sol ya se había puesto detrás de los cerros, la luz comenzaba a apagarse lentamente pero todavía permanecía en el cielo un resplandor sanguinolento. Los invitados parecían deslizarse y bogar sobre un agua color amatista que poco a poco iba haciéndose más negra.

En el patio trasero del rancho, atado a un viejo y retorcido algarrobo, había un perro negro, enorme, que les ladraba a los que llegaban. Con desesperación se babeaba y mostraba sus colmillos. Si no hubiera sido por el fuerte torzal de tiento que lo sujetaba al tronco, se habría abalanzado sobre los visitantes y los habría destrozado.

La vieja se acercaba a cada uno de los recién llegados y los saludaba tomándolos de las manos, primero, y, luego, besándolos en una de las mejillas. Luego les entregaba una vela a cada uno y les indicaba con señas la ubicación en el amplio semicírculo que fueron conformando en torno al algarrobo.

El último en llegar fue José Aparicio, domador conocido por todos, un mocetón alto y moreno. Entró sin saludar a nadie cuando la noche ya cerraba y se quedó apartado, como si tuviera vergüenza o miedo.

La gente comenzó a prender sus velas. La vieja, entonces, se dirigió a un fogón apartado y retiró una olla inmensa, toda tiznada, donde había hervido una especie de guiso, con pedazos de carne y maíz al cual le echó varias hierbas que sacó de una bolsita atada a su cintura.

Luego, acercó la olla hacia donde estaba el perro. Todos sabían que el animal estaba sin comer hacía más de dos días y que sólo había bebido agua, como era la tradición.

El perro devoró su comida hasta saciarse. Cuando no quedó nada en la olla, se echó al pie del árbol, jadeando y relamiéndose. Entonces salió la luna. Los circunstantes comenzaron a rezar una oración cuyas palabras no se entendían. El murmullo más bien parecía el zumbido de una colmena de avispas rabiosas.

Cuando el zumbido se cortó lentamente, algunas de las mujeres suspiraron aliviadas y todos se santiguaron.

La vieja le hizo señas a la primera mujer que estaba a la izquierda en la punta del semicírculo. Ésta, apagando la vela, la dejó en manos de una vecina y se adelantó hasta llegar al perro, pero se mantuvo a prudente distancia porque el animal en la semioscuridad comenzó a gruñir roncamente. Se arrodilló delante del animal no sin antes hacerle una reverencia. Luego murmuró su pedido: quería que su hermana difunta supiera que la madre de ambas estaba muy enferma y pronto habría de reunirse con ella; le pedía que hiciera todo lo posible para recibirla y la siguiera cuidando como antes lo había hecho en vida. Luego se levantó y volvió al semicírculo.

Después, un hombre entrado en años se arrodilló a su vez y le pidió al perro que hablara con su abuela muerta para que le hiciera regresar a su hija desde donde estuviera. La perdonaba, no podía soportar su ausencia porque, además, la madre de la chica estaba muy enferma. Se quedó un momento en silencio y luego se retiró llorando.

Luego, una jovencita de unos quince años saludó al perro, se arrodilló y le pidió que le dijera a su madre que

su padre estaba a punto de volver a casarse y que su futura madrastra la odiaba. Entre sollozos, rogó a su madre una seña, algo como para poder saber si tenía que resignarse a esa nueva mujer dentro de su casa o si tenía que irse lejos, a otra provincia, a trabajar en lo que fuera, dejando a su padre a quien tanto quería.

Y así fueron todos y cada uno pidiéndole al perro que llevara los mensajes hacia el reino de las sombras donde ahora vivían sus amigos y parientes difuntos. Destilaban su dolor, algunos entre llantos y otros con una extraña serenidad.

Cuando el último saludó al perro negro y se disponía a regresar a su puesto en el semicírculo, Aparicio se adelantó con el sombrero en la mano. Puso una rodilla en tierra y desgranó su mensaje. A veces, la congoja le hacía bajar la voz, pero luego se reponía y proseguía suplicando con un sollozo en la garganta. Le rogó al señor maestro que le dijera a la mujer de Lorenzo, muerta hacía un mes en circunstancias extrañas, que todavía no podía olvidarla, que no podía olvidar su cuerpo ni sus manos, ni tampoco el olor de su piel y de sus cabellos. Siempre iba a orillas de la laguna y buscaba la mata de pasto donde solían acostarse para hacer el amor.

Entre todos los asistentes, ante la confesión, corrió un escalofrío invisible. Algunas mujeres no pudieron contener una exclamación ahogada, sobre todo cuando Aparicio le dijo a la muerta que muy pronto estaría con ella, que lo esperara porque allí iban a ser felices para siempre.

Cuando el domador terminó con su mensaje y se retiró, la luna salió detrás de los espinillos iluminando las sombras con su luz lechosa.

El perro comenzó a gemir cuando vio que la vieja se le aproximaba con un hacha en las manos. Quiso ladrar pero la mujer no le dio tiempo: con una fuerza increíble para sus años, le dio un golpe seco y le partió la cabeza, que dejó escapar un chorro de sangre oscura. El silencio se hizo aún más espeso.

Padilla eran orgullosos. Esos no eran buenos candidatos para sus hijas y aunque éstas eran unas románticas que devoraban novelas por kilos es posible que jamás se hubieran casado con viajantes de comercio; ¡y menos todavía con estudiantes!

Una vez escuchó que, posiblemente, la mayor tuvo un desengaño amoroso y que la segunda, como era algo boba, no se daba cuenta cuando la cortejaban algunos pretendientes. Pero también alguien me dijo que no era boba sino tan sólo algo distraída, tanto que casi no se dio cuenta de la muerte de su padre y de que la fortuna familiar se venía abajo porque siempre hablaba de su padre como si estuviera vivo y seguía preparándose para realizar un viaje a Europa, que todo se iba a hacer con las ganancias del año 1930, año que fue el más terrible de la crisis, cuando muchos millonarios se volvieron pobres y los pobres, miserables —aunque ya estaban acostumbrados a la pobreza— y algunos vivos se enriquecieron.

El hecho es que Merceditas y Delfina Méndez Padilla siguieron viviendo en la gran casa que estaba al final del pueblo, o, mejor dicho, al final de la calle principal del pueblo. La casa era inmensa y yo llegué a conocerla un jueves porque ese día era el día de recibo y mi madre me llevó una vez para que les recitara *Por el camino adelante* de Joaquín Dicenta. Recuerdo que las dos señoritas me mimaron después que dejé de berrear mis rimas y de hacer mis ademanes. Me dieron té con masitas y me llenaron los bolsillos de caramelos y tabletas de leche, especialidades de Mercedes. También recuerdo que las tazas en que nos sirvieron el té eran muy finas, con unos dibujos llenos de filetes y que los platos y platitos tenían pintados en el fondo unas escenas donde unas señoras, con grandes vestidos y muy bien peinadas, se hamacaban en un columpio colgado de un árbol inmenso y eran empujadas por unos señores con pelucas blancas, casacas y pantalones cortos y ajustados, medias blancas y zapatos con grandes hebillas doradas y todos se reían y eran muy felices.

Pero en esos tiempos, Merceditas y Delfina no eran

viejas, si es que a una mujer de cuarenta años se la puede considerar joven todavía. Aunque a Merceditas, la mayor, ya se le veían algunas arrugas en el cuello y cerca de la comisura de los labios y las patas de gallo de los ojos. La que tardó más en arrugarse fue Delfina. Todos los domingos, con mi prima Alcira, nos encargábamos de inventariar las nuevas arrugas de Merceditas y Delfina a la salida de misa de once, misa de la cual jamás quise ser monaguillo. Se la cambiaba a mi amigo Ramoncito por la misa de siete, llamada por mis tías "la misa de las sirvientas" (ninguna persona bien del pueblo iba a esa misa, salvo que tuviera que cumplir con alguna promesa, es decir, hacer un gran sacrificio). Si le hubiera ayudado al padre Casals a decir la misa de once, con mi prima Alcira no habiéramos podido realizar los minuciosos inventarios que hacíamos de las arrugas de las Méndez Padilla. Pero un día me tuve que ir a la ciudad para estudiar y no volví durante un año. Cuando regresé, Mercedes y Delfina habían envejecido de golpe y así permanecieron muchos años, hasta la desaparición de Merceditas, caso extraño y que es el tema de lo que estoy contando y cuya solución intentaré dar en las próximas líneas porque todas las soluciones que me dan no me satisfacen.

Cinco años después de que estalló la crisis del treinta, cuando ya les habían rematado el aserradero y los campos, las Méndez Padilla comenzaron a ser pobres. Primero tuvieron algunas dificultades económicas. Más tarde, algunas estrecheces y después ya fueron pobres, muy pobres, aunque siguieron viviendo en la gran casa que era lo único que les había quedado a las dos cuando sus padres murieron.

Pero cuando fueron pobres, pero muy pobres, tan pobres como la Negra Lucinda que lavaba ropa para dar de comer a sus seis hijos y que por eso vivía en un rancho de malojas y barro, Merceditas y Delfina no dijeron ni una palabra. Se supo que andaban en "dificultades económicas" porque dejaron de comprarse ropa en *La femme élégante* de la ciudad, es decir que no viajaban dos veces

por año como solían hacerlo cuando eran ricas. Cuando comenzaron las "estrecheces", los proveedores dejaron de fiarles porque algunas de las cuentas tenían más de un año. El único que siguió fiándoles fue el almacenero, don Joaquín, "un caballero español", como decían Merceditas y Delfina cuando se referían a él. Pero se limitó a entregarles un mínimo de mercaderías: un kilo de azúcar por mes, de tanto en tanto un poco de fideos o de arroz y nada de té porque en ese entonces el té era escaso y venía de la India. Y mucho menos yerba mate porque don Joaquín sabía que no podía ofenderlas ofreciéndoles yerba, algo que tomaba la gente pobre. A pesar de las "estrecheces", las Méndez Padilla hicieron lo posible por conservar a Tomasa, la cocinera que las había acompañado desde su niñez. Pero como no podían pagarle, le permitieron que fuera a cocinar a otras casas. Pero eso sí, nada de "cama adentro", porque la Tomasa era de ellas. Con lo que la Tomasa ganaba afuera, las tres viejas podían comer. Pero un invierno, la Tomasa tuvo la desdichada idea de morir. Y entonces, Merceditas y Delfina se volvieron muchísimo más pobres. Y como por orgullo no decían nada y ya no hablaban del pleito que iban a ganar al nuevo dueño del aserradero, para conseguir que les fiaran mercaderías —salvo, claro está, con don Joaquín, "un verdadero caballero español"— comenzaron a morir de hambre. Podían haber tenido una huertita o haber criado pollos y conejos para comerse los, me dirán. Pero ocurre que como ellas eran Méndez Padilla no podían haber hecho eso. Eso lo hubiera hecho la Tomasa, que ahora estaba en la Gloria bailando el candombe con sus abuelos y tatarabuelos que de seguro habían sido esclavos y eso se veía, porque la Tomasa tenía sus motas, pero no tan tupidas como las de los negros verdaderos. Además, si Merceditas y Delfina se hubieran puesto a criar pollos y conejos no habrían sabido hacerlo porque no estaban educadas para ello. Arpa, acuarela y francés eran todo lo que debía aprender una niña en su época y en la cocina, algo de repostería por si se casaba y tenía que agradar al marido. Además, la pobreza les llegó cuando ya ni podían agacharse. Les costaba seguir la misa

en la iglesia teniendo que arrodillarse y sentarse cuando la elevación o cuando predicaba el evangelio el padre Casals. Cuando sonaba la campanilla de la elevación, las dos viejas se arrodillaban y se quedaban así hasta que terminaba la misa. Pero después, como ni las rodillas las soportaban, decidieron permanecer sentadas. Antes, consultaron con el párroco que les dio una dispensa especial.

A medida que las Méndez Padilla se volvían pobres, pero muy pobres y viejas, la ropa envejecía con ellas. Un invierno, el tapado de Mercedes, un hermoso tapado de piel que su padre le había hecho traer de Europa, comenzó a perder el pelo y el abrigo de terciopelo de Delfina se cubrió de extrañas manchas que no eran otra cosa que peladuras. Fue entonces cuando una de las amigas de la casa les hizo llegar un tapado de paño para Merceditas y otro para Delfina. Porque las amigas de la casa sabían por lo que estaban pasando, que pertenecían a una de las familias más viejas de la zona y cuyos tatarabuelos no sólo habían peleado en las guerras de la independencia sino también en las luchas civiles.

A partir de ese momento, las dos viejas comenzaron a recibir regalos de las amigas y gracias a ellos pudieron comer todos los días. Se estableció una especie de acuerdo tácito entre todos para que un día a la semana cada familia les enviara un plato, así no se darían cuenta de que vivían de la caridad. El lunes las Juárez Mansilla les enviaban una enorme fuente con pollo. El martes, las Pereyra Armengol les hacían llegar una sopera con un guiso humeante y sabroso. El miércoles les tocaba a las González del Campo; el jueves a las Pacheco García; el viernes a las Solares de Pimentel y el sábado o domingo a las Macedo del Llano. La fórmula, o ritual, casi siempre era la misma: una mucama, vestida con su delantal blanco, se presentaba a la puerta de la casa grande y, después de golpear el llamador, que tenía la forma de una garra de león que aprisionaba una bola de bronce, cuando la puerta se abría, recitaba:

—Dice la señora Flora que tenga muy buenos días y

que aquí le manda esta travesura que ha hecho, que, por favor, la prueben y que el jueves le digan si les ha gustado o no.

—Dígale a la señora —decía Merceditas, o Delfina— que le agradezco mucho y que como siempre la espero el jueves a la cinco para que tomemos el té y que la fuente se la voy a mandar con la Tomasa por la tarde, cuando vuelva, porque hoy se la he prestado a Doña Gracia Pacheco Rubio para que la ayude en algunos menesteres.

Está de más decir que la comida era abundante. Pero Merceditas y Delfina dividían la soperas o la fuente, primero, en dos partes: una para el mediodía y otra para la noche, y a cada una de esas partes, a su vez, la dividían en tres partes, una de las cuales, como es de suponer, estaba reservada para la Negra Tomasa. Cuando la Negra Tomasa se murió, las porciones se dividieron, primero, en dos y cada una de ellas, en otras dos.

Gracias a la amabilidad de las amigas, las Méndez Padilla no pasaron hambre, aunque siguieron sacando al fiado —pero con mayor moderación— mercaderías del almacén *La reina de Asturias* de don José García y Montañez, con la promesa, siempre, de que le pagarían cuando ganaran el juicio contra quienes las despojaron del aserradero y de los campos.

Las cosas comenzaron a complicarse cuando los parientes cercanos y las amigas comenzaron a morir. Por ese entonces, Delfina había logrado aprender de memoria toda la Biblia. Su hermana le tomaba examen:

—¿Salmo 91?

Delfina ponía los ojos en blanco un segundo, pestañeaba, respiraba profundamente para cargar todo el aire posible en los pulmones y luego disparaba el salmo en una sola y única tirada:

“El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente, etc., etc., etc., etc....”

—¿Ezequiel, XXXI,12?

Delfina cargaba de nuevo sus pulmones y regaba hasta el final, parte de las sagradas escrituras:

—“Y lo destruirán los extranjeros, los poderosos de las naciones, y lo derribarán; sus ramas caerán sobre los montes y por todos los valles y por todos los arroyos de la tierra; será quebrado su ramaje; y se irán de su sombra todos los pueblos de la tierra, y lo dejarán...”

A veces, como el versículo era larguísimo, a Delfina comenzaba a faltarle el aire y un día estuvo a punto de desmayarse. Merceditas se asustó y desde entonces tuvo mucho cuidado al tomarle examen, eligiendo versículos que fueran cortos, es decir, que estuvieran de acuerdo con la capacidad pulmonar de su hermana, porque ésta se estaba poniendo muy vieja y una bronquitis crónica le causaba dificultades al respirar.

Por ese entonces, también, a Merceditas se le ocurrió la idea, que al principio pareció descabellada, de enseñarle al canario Virgilio a cantar el vals *Sobre las olas*.

—¿Vos estás loca? —le dijo su hermana Delfina—. ¿Cómo crees que un canario va a aprender a cantar una melodía? Creo que con la edad estás confundiendo loros o catas con canarios. No vas a poder. Más fácil sería si te compraras un loro.

—Eso es fácil —le respondía su hermana—. Pero yo quiero hacer algo extraordinario como saber toda la Biblia de memoria.

—¡Envidiosa! — le gritaba Delfina.

—¡Envidiosa, no! —le contestaba Merceditas—. Necesito hacer algo. Me aburro bordando. En cambio, sé que *Virgilio* podrá silbarme el vals *Sobre las olas* y yo me podré lucir ante las visitas, los jueves, como vos te lucís recitando los versículos de la Biblia.

Y la discusión subía de tono. Delfina le reprochaba a su hermana que quería enseñarle a *Virgilio* el vals *Sobre las olas* porque era el vals que había bailado con Manolito Pérez Gorostiaga el 5 de marzo de 1922 cuando en lo de

Medina del Campo hubo ese gran baile para celebrar las bodas de oro de los dueños de casa y que, por lo que veía, Merceditas seguía enamorada de Manolito Pérez Gorostiaga, aunque él le dejó de escribir al año siguiente y nunca más hubo noticias, salvo la de que en Buenos Aires se había casado con la hija de unos comerciantes ingleses, que había entrado luego en la diplomacia y que lo habían mandado a países extraños de donde no volvió nunca.

—¡Posiblemente estará muerto! —le susurraba con maldad su hermana. Y Merceditas levantaba los hombros como diciendo: “Y a mí, ¿qué me importa?”

El canario *Virgilio* tenía su jaula dorada con su funda de terciopelo rojo. Merceditas le limpiaba la jaula todos los días antes de cambiarle el agua y de ponerle las hojas de lechuga que pedía en la verdulería del turco Abraham.

Al principio, Merceditas le cantaba a *Virgilio* el vals *Sobre las olas* como una confidencia. Su hermana protestaba:

—¿Vos creés que el canario te va a cantar el vals con letra y todo? Si serás idiota. Mejor será que le silbés la melodía. ¿No te digo? De chocha estás confundiendo a un canario con un loro. Estás muy vieja, Mercedes. Estás muy vieja.

Merceditas no decía nada e insistía. Hasta que un día comenzó a silbarle al canario imitando los gorjeos del pájaro y llevando el compás, primero con la cabeza y luego con una varita de mimbre que había sacado de uno de los barrotes de un juego de jardín que ya se caía de podrido por el sol y el agua de las lluvias.

Virgilio, a pesar de los esfuerzos de Merceditas, seguía cantando los gorjeos de su propia cosecha. Pero la buena mujer era obstinada: primero le silbaba bajito; luego lo animaba con palabras cariñosas:

—¡Querido Virgilio, mi ricurita, hijito de mi corazón! ¡Haga un esfuerzo! ¡Hágalo por Merceditas que tanto lo quiere!

Y volvía a silbar y a canturrear *Sobre las olas*, cerrando los ojos, tal vez recordando cuando giraba en brazos de Manolito Pérez Gorostiaga en aquel baile inolvidable. Manolito Pérez Gorostiaga, tan buen mozo, con su traje claro y ella, tan vaporosa, con su vestido de organza cuando giraba sostenida por los brazos vigorosos de ese muchacho. Parecía una mota de espuma en un remolino, a punto de disolverse en el agua de la música que tocaba esa orquesta de muchos violines venida desde la Capital.

Pero *Virgilio* no le hacía caso: la miraba despreocupadamente y después cantaba lo que quería sin importarle los recuerdos de Mercedes, recuerdos de los que, por otra parte, el canario no tenía por qué estar enterado.

Como el pajarito se mostraba cada vez más terco, su dueña comenzó a chantajearlo. Le mostraba una hoja de lechuga y le decía:

—*Virgilio*, cante *Sobre las olas* y le doy la lechuga.

El pájaro revoloteaba en la jaulas, se daba contra los barrotes, goloso ante la vista de la hoja verde, esperando que la dueña le abriera la jaula para dejársela y así poder engullírsela. Pero Mercedes insistía:

—Primero, *Sobre las olas*. Después, la lechuga.

Virgilio, muerto de hambre, comenzaba a piar y Mercedes cerraba los ojos e imaginaba que el canario entonaba el viejo vals, pero la melodía sonaba tan sólo en su mente pues el pajarito seguía cantando lo que sabía.

Todo esto ocurrió antes de que comenzaran a traer los muebles a la casa vieja. Ocurrió que, con el paso del tiempo, las primas y los primos también se fueron haciendo viejos, primero, y luego se fueron muriendo. Los hijos de los primos y de las primas se fueron del pueblo, levantaron sus casas y partieron para la Capital donde los departamentos modernos no admiten muebles tan enormes, tan llenos de tallas y de espejos. Entonces, no encontraron nada mejor que mandárselos a las tías segundas.

La casa vieja comenzó a llenarse de roperos, alacenas,

camas, trinchantes, aparadores, cómodas, bargueños, sillas, canapés, sofás, mecedoras. Delfina estaba encantada, al principio, porque podía reconstruir en los rincones de la casa, con los muebles antiguos, aquellos lugares que habían sido familiares en su infancia y adolescencia:

—¿No te parece, Mercedes, que estamos en la casa de la tía Gloria? —le decía cuando pasaba frente a un enorme aparador lleno de angelotes, guirnaldas de hojas de viñas y cornucopias que derramaban frutas generosamente. Y se miraba y remiraba en los espejos biselados desde donde surgía la figura de una viejecita muy arrugada y encorvada, aunque ella se imaginaba joven, linda, alegre, con el pelo dorado, recogido con cintas, con esas cintas de sedas azules con las cuales la peinaban las mucamas diciéndole que esas cintas eran traídas de Lyon, Francia, como el agua de Colonia con la cual la perfumaban para ir a la iglesia los domingos a las once, o por las tardes a los cumpleaños de amigas o de primas cercanas y lejanas.

Año tras año los muebles fueron llegando y lo invadieron todo. En la sala apenas si había un rinconcito donde, con toda estrechez, ambas viejas seguían recibiendo sus visitas, los jueves, para tomar el té. Y aunque las visitas se hacían cada vez más escasas porque "las chicas de nuestra edad" se iban muriendo una por una, era necesario tener un mínimo de espacio para poner una mesita donde tenían que estar las tazas de té, la tetera, la bandeja con bizcochitos, una silla para cada una de las dueñas de casa y uno o dos sillones para las visitas.

Tanta era la estrechez de la sala, que Delfina decidió hacer los recibos por turno: los primeros jueves de cada mes venían las González Oroño, las únicas primas lejanas que les habían quedado a ambas viejas; los segundos jueves, las Vidal Palma, que habían sido compañeras de escuela de Delfina; los terceros jueves, las Fernández Muñiz, amigas íntimas de Mercedes; el último jueves lo dejaron para los conocidos y vecinos que quisieran venir, pero antes tenían que anunciarse con dos días de anticipación para que las dueñas de casa pudieran disponer de todo el

espacio necesario que cada vez se hacía más exiguo. A la estrechez del espacio se agregaba el estado deplorable en que se encontraban los muebles. Sobre todo las sillas y sillones, cuyo tapizado casi había desaparecido con el tiempo. En cambio, por causa del tiempo, habían surgido por todos lados peligrosos resortes a los cuales había que sortear para sentarse o apartar para levantarse con el peligro de quedar enganchado en uno de ellos. Pero la gente seguía viniendo y haciendo como que no veía esas cosas, como también fingían no ver la cantidad de muebles que se acumulaban en la sala, en el comedor, en los dormitorios, en los pasillos y hasta en el baño, por cuyos laberintos había que tener mucho cuidado para no extraviarse. La gente se hacía la distraída con los muebles, como se hacía la distraída con el estado lamentable de las tazas de té y de café que, si primero se desportillaron casi todas, luego con el uso se fueron rompiendo de modo que sólo quedaron tres tazas y dos platos. Si las visitas eran más de tres, cosa que jamás ocurría dado que las pocas amigas que les quedaban a las Méndez Padilla ya sabían que era imposible sentarse en las sillas de la sala por los resortes peligrosos y por el espacio exiguo que quedaba entre la mesita de té, las sillas, los sillones y la jungla de aparadores, trinchantes, cómodas y roperos, consolas y arcones, Merceditas les servía el té primero a las visitas, alegando que ella y su hermana ya habían tomado hacía un momento o que a la tetera —que de *ex profeso* traían a medio llenar— se le había terminado el agua caliente y que iban por más. Pero la nueva ronda de agua caliente tardaba en hervir, es decir, tardaba el mismo tiempo en que las visitas tardaban en terminar la infusión.

Cuando se rompió el último platillo de las tazas que las hermanas se reservaban para ellas, las trajeron en bandeja pero sin platos y las tomaban en sus manos pretextando que así se calentaban porque como era invierno hacía mucho frío y así evitaban que les salieran sabañones.

La desaparición de Merceditas sobrevino el día en que el canario *Virgilio*, que según su dueña ya estaba

aprendiendo a silbar el vals *Sobre las olas*, y por eso se hacía ilusiones de llevarlo a la radio para que fuera toda una sorpresa en la Capital, aprovechando que su dueña había dejado abierta la puerta de la jaula mientras lo chantajeaba con un pedazo de lechuga, voló, primero, hacia la ventana. Como ésta estaba cerrada, regresó y se perdió entre el laberinto de muebles de uno de los dormitorios. Pasó como un relámpago amarillo por entre dos enormes roperos de tres cuerpos, se metió debajo de la cama de Delfina, primero, más tarde apareció entre unos aparadores y trinchantes y, por último, nunca más se supo.

Su dueña, al verlo en libertad, tiró el pedazo de hoja de lechuga con el cual lo estaba chantajeando, dio un grito, invocó primero a Jesús, luego a María y más tarde a San Antonio, abogado de las cosas perdidas, y se lanzó al laberinto en busca de *Virgilio*. Pero ni ella ni el canario volvieron a aparecer en medio de la ola de muebles y todo fue como si a ambos se los hubiera tragado tanta madera barnizada, labrada, pirograbada y tallada.

Al principio se escuchó la voz de Mercedes que llamaba a su canario desde un rincón donde estaban unos enormes aparadores:

—¡Virgilio, Virgilito! ¡Mi chiquito! ¡Vuelva a su casita de oro! ¡Merceditas le tiene unas cositas ricas si le silba el vals *Sobre las olas*!

Pero luego su voz se fue perdiendo por los rincones del dormitorio que fue de los padres de las Méndez Padilla hasta desaparecer con un crujido de maderas secas.

Cuando Delfina vio que Mercedes no volvía de la lección diaria que le daba al canario *Virgilio* comenzó a llamarla. Pero por suerte se detuvo en el umbral del laberinto. Luego salió huyendo por el barrio, despavorida, gritando:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Por la Virgen del Carmen! ¡Ayúdeme! ¡Mercedes se acaba de perder entre los muebles!

Primero vinieron los vecinos: ninguno se atrevió a

meterse entre tanta madera y se contentaron con dar voces llamando a Mercedes. Pero ésta tampoco dio señales de vida, ni mucho menos el canario *Virgilio*.

Al ver que la viejita no regresaba, uno de los comedidos llamó al comisario, quien vino con el sargento, el cabo y el único vigilante que había en el pueblo. Pero tampoco los representantes de la autoridad se atrevieron a introducirse entre los muebles y se limitaron a labrar un acta que primero firmó Delfina y luego dos de los comedidos.

Lo que sí revisaron fue el jardín, primero, luego la huerta y más tarde el fondo de la casa que daba al arroyo *El tejar* porque la hipótesis del comisario era que Mercedes había logrado salir del laberinto por la puerta del último dormitorio de servicio de la casa vieja y corriendo corriendo, detrás de *Virgilio*, había atravesado el jardín, la huerta y era muy posible que se hubiera lanzado por los campos. Urgió a los presentes que ayudaran a buscarla por los fondos, por el arroyo y por los campos vecinos. Se formaron patrullas que recorrieron los maizales y cañaverales, los plantíos de papas y de sandías y los campos donde la alfalfa estaba muy crecida, pero cuando se fue haciendo de noche la búsqueda se volvió muy dificultosa. Cada grupo se llevó un chico con un palo y una lata de querosén con los cuales hacía ruido—como en las épocas en que llegaban las mangas de langostas— para ver si Mercedes escuchaba, porque Delfina decía que con la edad su hermana se estaba quedando medio sorda, al punto que ya se imaginaba los sonidos, contestaba a destiempo y creía que *Virgilio* ya había aprendido a cantar el vals *Sobre las olas*.

Pero ninguna de las patrullas encontró nada y todas volvieron con las manos vacías y las latas de querosén totalmente abolladas.

La hipótesis del comisario fue la que terminó por imponerse. Delfina se fue a la Capital a vivir con una sobrina nieta segunda, hija de la hija de un primo hermano, porque no podía quedarse sola y además comenzó a tener

miedo de que el laberinto de muebles se la tragara como a su hermana, porque ella seguía creyendo que Merceditas no se había ido por la puerta del último dormitorio, hacia el jardín, la huerta, el arroyo *El tejero* y los campos vecinos, sino que estaba atrapada entre tanta madera junto con el canario *Virgilio* y que ambos terminarían por morir de hambre y sed. Por eso costó mucho sacarla de la casa vieja, aunque lo hicieron con engaños diciéndole que iban a vaciar la casa de los muebles y que para eso tenía que firmar unos papeles, lo que no era otra cosa que la venta de la propiedad.

Antes de que cerraran la casa para siempre, como yo tampoco estaba conforme con la hipótesis del comisario, me atreví a entrar en ella y me lancé al laberinto. Pero antes de aventurarme hice lo mismo que Teseo: me llevé un ovillo de lana roja, una de cuyas puntas clavé con alfileres en el borde de la primera mesa. Y así entré en la selva de muebles mientras iba dejando mi estela de lana roja que más tarde me iba a permitir regresar.

Calculo que tardé toda una siesta en recorrer todos los recovecos y todos los recodos. A medida que avanzaba llamaba en voz baja:

—Merceditas, ¿está usted ahí...? ¡Merceditas, conteste!

Pero nadie me respondía.

De pronto, uno de los roperos gigantescos crujió, un ropero lleno de hojas de acanto, de guirnaldas sostenidas por angelotes que tocaban una trompeta. Era un mamotreto inmenso que estaba colocado en una de las curvas del último dormitorio y hasta donde había llegado con mucho esfuerzo. El ropero tenía tres cuerpos, pero sólo el cuerpo central tenía un descomunal espejo biselado.

Casi di un grito cuando estuve frente a él. Porque el espejo no reflejaba mi figura. Al principio pensé que no se trataba de un espejo o que el azogue había sido comido por el tiempo. Me acerqué temblando. Abrí la puerta. Un perfume a madera vieja, a moho, a naftalina desvaída me

hizo echar la cabeza para atrás. Cuando volví a cerrar la puerta, después de comprobar que el cristal estaba en su sitio y que el azogue estaba intacto, casi lanzo un grito. No sólo el espejo no reflejaba mi figura sino que reflejaba un paisaje, al atardecer, en el momento en que ya el sol se ha ocultado detrás de las montañas y cuando queda en el aire una luz entre rojiza y celeste que luego se va haciendo violeta hasta volverse de acero, el acero que precede al abismo de la noche.

Si al fondo del paisaje sólo se veía ese cielo, y nada más que ese cielo, al comienzo había una avenida de tarcos, cuajados de flores lilas, como la avenida de tarcos que lleva a mi casa de Yerba Buena. Las flores lilas de las ramas y las flores lilas que tapizaban el suelo formaban una especie de túnel tembloroso, como si todo estuviera sumergido en el fondo de un lago transparente que en cualquier momento podía desaparecer si alguien agitaba sus aguas. Por un instante estuve tentado de extender la mano para ver si podía atravesar el espejo, pero algo terrible me detuvo. A lo lejos, más allá del túnel formado por las flores lilas de los tarcos, donde comenzaba el cielo que ya comenzaba a ponerse color acero, escuché —o al menos creí escuchar— la voz de Merceditas que conversaba con mi tía Amalia y con Amanda Cuenya, la señorita que tocaba el armonio y cantaba en la iglesia y que había muerto hacía ya muchos años, después que me vine a la Capital para estudiar abogacía. Hablaban sobre el canario *Virgilio* y sobre los muertos queridos que estaban en el cementerio como si todos estuvieran vivos y como si las tres viejas estuvieran muy contentas de haberse encontrado de nuevo después de tantos años.

En ese momento estalló, en el fondo del cielo, un gorjeo de canario. Presté atención y me di cuenta de que no era un gorjeo común sino que era la melodía del vals *Sobre las olas* gorjeada por un canario. Y tuve miedo. Comencé a recobrar el hilo de lana roja y cuando logré salir del laberinto, me dejé caer en una de las sillas desvencijadas. //

Entonces me di cuenta de que yo también, algún día, en algún espejo como el del ropero inmenso, me iba a encontrar con la avenida de tarcos llenos de flores, para siempre.

11

**DE CÓMO LA TÍA JOAQUINA
Y EL TÍO JOAQUÍN
SE CONOCIERON Y SE CASARON**

Cuando la tía Joaquina se casó, ya era lo que en mi pueblo se solía llamar "una niña grande". Pasados los cuarenta, tenía una tristeza que se le transparentaba en los ojos, esos ojos grandes y azules con los que se quedaba mirando el cielo, vagamente, en los atardeceres de primavera. La tía Joaquina se sentaba en la galería y miraba hacia el camino que llevaba al Sur como si esperara que alguien viniera de esa dirección. A medida que caía la tarde, sus ojos se iban velando por la tristeza y cuando todo quedaba en las sombras, suspiraba, se levantaba y se iba a la cocina para ver si la negra Camila estaba cocinando y si las otras muchachas ya habían comenzado a poner la mesa.

La tía Joaquina era la única hija de don Nicanor y de doña María, que no se había casado. Sus otras cinco hermanas se habían ido casando una a una, se habían marchado de la casa y sólo ella se había quedado para cuidar a los viejos.

Sin embargo, como no quiero que este cuento termine mal, yo la voy a hacer casar a la tía Joaquina y voy a contar cómo conoció al tío Joaquín y cómo fueron felices aunque no comieron perdices por dos razones: una, por-

que el tío Joaquín no salía a cazar y la otra, porque a la tía Joaquina no le gustaba la carne de perdices.

La tía Joaquina era una randerera muy habilidosa. En eso de las labores de agujas o "labores de mano", como se decía por ese entonces —como si todas las labores no se hicieran con las manos—, era una verdadera maravilla. La randa es un tejido que se hace con agujas y que, según los entendidos, es más fino que el ñandutí, los encajes de Bruselas o lo que en España se llaman "encajes de bolillo"

A medida que la tía Joaquina se hacía más grande y nadie venía a pedir su mano por el camino del Sur, más habilidosa se volvía y tejía finas randas que parecían milagros.

Su especialidad eran los pañuelitos, aunque también había tejido un mantel para el altar de la iglesia que le llevó muchos años. Pero las entendidas decían que los pañuelitos eran como milagros que le salían de las manos a la tía Joaquina. Y era verdad. Algunos parecían copos de nieve que en cualquier momento se podían derretir y desaparecer dejando en las manos nada más que un charquito de agua. Pero eso no ocurría y allí creo que residía el milagro: la tía era capaz de tejer un copo de nieve sin que éste se derritiera después.

En los cajones de su cómoda y en las gavetas de los abuelos, la tía Joaquina guardaba muchísimos pañuelitos, aquellos que no regalaba y aquellos que ya estaban destinados. En mi pueblo no había señora o señorita amiga de la casa que no hubiera recibido para su cumpleaños, su compromiso o boda, uno de los pañuelitos de la tía Joaquina.

Aunque su fama corrió por toda la provincia y le llovían encargos, ella nunca quiso "tejer para afuera", ni mucho menos "por encargo". Yo creo que ella hacía tan bien sus randas porque ponía todo su cariño en las tramas y nuditos mientras tejía. Y un pañuelito de randa fue la causa de que se casara con el tío Joaquín.

Aunque mi pueblo quedaba a ochenta kilómetros de

la Capital, la tía Joaquina iba a ella una o dos veces por año. Paraba en casa de alguna amiga casada o en la de su hermana Amparito, que ya tenía dos hijos hermosos, dos bandidos que solían pasar las vacaciones en casa de los abuelos y a los cuales la tía Joaquina amansaba contándoles historias mientras tejía sus randas.

No quería ir más de dos veces por año a la ciudad para no molestar. Cuando decidía viajar se quedaba cuatro o cinco días, hacía sus compras de hilos, agujas y telas finas para sus pañuelitos de randa y se volvía al pueblo.

Cuando estaba en la ciudad, a la tía Joaquina le encantaba andar en tranvía. ¡Gracias a Dios que se murió antes de que levantaran los tranvías y pusieran esos colectivos traqueteantes y ruidosos porque estoy seguro de que habría sufrido mucho!

En ese entonces, la vuelta en tranvía costaba diez centavos y como la casa de Amparito, su hermana, quedaba cerca de la terminal, ella tomaba sus tranvías y daba la vuelta completa sin pagar nada más que diez centavos.

Como a la ciudad iba en verano, la tía Joaquina llevaba varios pañuelitos de randa. Uno en cada manga del vestido y otro en la cartera. Porque con esos pedacitos de nada y nieve se secaba la transpiración de la frente y de la nariz cuidando de no tocarse las mejillas para no quitarse el polvo de arroz que era lo único que usaba: en esa época, las niñas no se ponían coloretos ni se pintaban los labios, cosa que sólo hacían ciertas mujeres que vivían en casas apartadas, que bebían mucho y se reían muy fuerte, según contaban en voz baja y tapándose con el abanico algunas mujeres casadas cuyos maridos comenzaban a descuidarlas.

Y en este momento hago entrar en escena al tío Joaquín, que era empleado de una ferretería muy grande, en la ciudad, y que estaba a punto de independizarse, como se decía cuando un empleado de comercio se instalaba con su negocio "por cuenta propia". El tío Joaquín no sabía si poner otra ferretería en la ciudad o irse a uno de los pue-

blos vecinos donde no hubiera ferreterías. Lo primero, en cierto modo, le parecía una traición para con sus patrones que tanto lo habían ayudado a ahorrar las libras esterlinas con las cuales iba a poder ahora independizarse. Pero lo otro le daba miedo; ir a un pueblo que no conocía bien y comenzar a hacerse de una clientela, suponía sus riesgos. Y él no estaba para riesgos porque ya era un señor maduro que había pasado los cincuenta años y que toda la vida había trabajado y ahorrado para instalarse por su cuenta y no era cosa de fracasar porque fracasar significaba volver a ser empleado.

Todas esas cosas iba pensando el tío Joaquín cuando tomó el tranvía de la línea 6 que pasaba por el parque y en el cual, casualmente, venía la tía Joaquina tomando aire y llevando en una de sus manos uno de sus pañuelitos de randa. Miraba distraída, con sus grandes ojos azules, hacia el Sur, como si estuviera en la galería del patio de la casa de sus padres, esperando que alguien viniera por el camino, montado en un caballo, se detuviera y se bajara para pedir su mano. Así que no se dio cuenta de la presencia del tío Joaquín hasta que éste se le sentó al frente, ensimismado con sus pensamientos y con la lectura del diario *El Orden*, que en ese entonces era el único diario de la tarde que aparecía en la ciudad.

En realidad, el tío Joaquín no leía el diario sino que se tapaba la cara para poder pensar con tranquilidad en su dilema, de modo que si se le escapaba algún gesto durante la discusión que mantenía consigo mismo, nadie se diera cuenta.

Cuando el tranvía llegó al parque, el aire, como siempre, se puso más fino, más flojo, más liviano, es decir, más fresco, y la tía Joaquina se pegó aún más a la ventanilla para gozar de la brisa que se había levantado. Justo cuando pasaban frente a la pérgola de las rosas, vino un golpe de aire más fuerte que le arrebató de la mano el pañuelito de randa y éste fue a caer justo en el regazo del tío Joaquín, aunque para ser más preciso yo diría que fue a dar en su misma bragueta, uno de cuyos botones estaba

desprendido y allí se quedó. Ocurría que el tío Joaquín estaba tan preocupado con el dilema de instalarse por su cuenta en la ciudad o en un pueblo vecino, que cuando fue al baño, luego de cerrar el negocio de sus patronos y de orinar largamente —cosa que hacía dos veces diarias, al levantarse a la mañana y antes de bajar la persiana del negocio— y de lavarse las manos, se había olvidado de prenderse uno de los botones de la bragueta.

Cuando el viento le arrebató el pañuelito de randa a la tía Joaquina para depositarlo, justamente, sobre la misma bragueta del tío Joaquín, ésta estuvo a punto de lanzar un grito. Pero se contuvo. En cambio, se puso colorada de sólo pensar que podía atreverse a quitar su pañuelo de ese lugar tan delicado.

Así estuvo mirando los árboles del parque y la bragueta del tío Joaquín durante un largo rato hasta que el tranvía abandonó la zona verde y el aire, de nuevo, se hizo más espeso, es decir, más sofocante.

No sé si las miradas se sienten, pero el tío Joaquín comenzó a ponerse incómodo detrás de su diario con el cual se tapaba la cara para discutir con su conciencia. De pronto bajó el diario y sorprendió la mirada de la tía Joaquina que dio vuelta la cabeza, espantada, aterrorizada, despavorida porque la había sorprendido con la mirada fija sobre su bragueta donde reposaba blandamente el pañuelito de randa. Y como el tío Joaquín era uno de esos hombres llamados de sangre fría, levantó lentamente el diario, lo dobló como para poder sostenerlo con una mano, luego lo bajó lentamente hasta taparse con él la bragueta y, haciendo como si estuviera enfrascado en la lectura, con la punta del dedo meñique comenzó a meter dentro del pantalón el hermoso y delicado pañuelito de randa pensando que era la punta de la camisa que había quedado afuera luego de que fuera al baño a hacer su segundo servicio del día.

La tía Joaquina estuvo a punto de llorar al ver cómo desaparecía en el interior de la bragueta el pañuelito de

randa y, más todavía, cuando vio cómo el tío, con un golpe certero de su índice y pulgar, se abotonaba para siempre la bragueta.

Por fin el tranvía llegó a la terminal, pero la tía Joaquina no se movió. Tampoco lo hizo el tío Joaquín. Cuando el guarda vino, la tía Joaquina y el tío Joaquín pagaron sus respectivos boletos. El tío hizo como si siguiera enfrascado en la lectura del diario *El Orden*, pero ya no pensaba en discutir con su conciencia sobre si era mejor instalarse por su cuenta en la ciudad o en uno de los pueblos vecinos sino que comenzó a mirar de reojo y por encima del diario a la tía Joaquina que, de tanto en tanto, echaba una mirada furtiva y desesperada a la bragueta por donde había desaparecido el pañuelito de randa. Y comenzó a intrigarse ante esas miradas tan ávidas. Luego de inspeccionar, siempre furtivamente, a la tía Joaquina, se dijo que no podía ser una mujerzuela porque estaba vestida como toda una señorita decente. En esa época, las mujerzuelas se vestían de mujerzuelas para conseguir clientes y entre las cosas que se ponían las mujerzuelas, además de los coloretos en la cara y en los labios, llevaban vestidos chillones, principalmente chillones. La tía Joaquina, en cambio, iba vestida con un vestido color celeste porque en verano el blanco y el celeste eran colores frescos. Su blusa impecable se cerraba muy arriba, casi a la altura del cuello, con el prendedor de oro viejo y tenía puesto un sombrero de paja de Italia con algunas flores artificiales, no muchas. Por esa razón, el tío Joaquín dedujo que la tía Joaquina no era una mujerzuela y que el interés por su bragueta debía provenir de otras causas. Y eso lo intrigó. Hasta estuvo a punto de no bajarse del tranvía y seguir unas cuadras más. Pero al final pensó que eran ideas suyas, fruto del dilema que lo venía carcomiendo desde hacía días y semanas, cuando se dio cuenta de que había conseguido ahorrar las libras esterlinas necesarias para instalarse.

De modo que cerró el diario *El Orden*, se levantó, tocó la campanilla para que el *motorman* detuviera el coche y en la siguiente esquina, que era la de su casa, se

bajó. Por su parte, la tía Joaquina se fijó dónde se bajaba el caballero que se llevaba dentro de la bragueta su pañuelito de randa y memorizó la fachada del chalet donde lo vio entrar antes de que el tranvía diera vuelta en la esquina. Recién entonces se levantó, tocó la campanilla y se bajó. Esperó impaciente en la esquina para ver si el tío Joaquín no había vuelto a salir y cuando lo creyó así, pasó caminando muy ligero frente al chalet que quedaba en la calle Lavalle al 400, frente a la plaza San Martín y esta vez memorizó el número de la casa. Luego tomó el próximo tranvía y regresó a casa de su hermana, que ya estaba angustiada al ver que se había hecho de noche y que Joaquina no llegaba.

Al día siguiente, en connivencia con la sirvienta de su hermana, averiguó quién era el señor que vivía en el chalet y dónde trabajaba y, dos días más tarde, con el pretexto de comprar unas argollas de cortina, fue al negocio donde trabajaba el tío Joaquín quien, el verla, se puso colorado recordando que cuando se quitó los pantalones la noche aquella y descubrió el pañuelito de randa, se dio cuenta de por qué esa niña del tranvía, la del sombrerito de paja de Italia, le miraba con tanta ansiedad la bragueta. Y cuando, sacando fuerzas de flaquezas, le confesó que tenía en su poder el pañuelito, fue la tía Joaquina la que a su vez se puso colorada.

Pero eso no importaba porque el tío y la tía siguieron viéndose. Como ya habían tenido cierta intimidad, él iba al pueblo a visitarla todos los domingos y terminó por instalar allí un negocio y se casaron. Y no tuvieron hijos porque ella ya era "una niña mayor", como decían las viejas de entonces.

Eso sí, la tía Joaquina nunca más volvió a tejer pañuelitos de randas. Por las dudas.

ÍNDICE

El casamentero	9
Old Time	25
El beso	33
La planta de zapallo	45
La confesión	53
El padre blanco	59
El atillo	67
El joven Midas	79
El mensaje	95
Hipótesis sobre la extraña desaparición de Merceditas Méndez Padilla	99
De cómo la tía Joaquina y el tío Joaquín se conocieron y se casaron.....	115

Este libro se terminó de imprimir
en Offset Difo S.H.
Rosario 4751, Adolfo Sordeaux, Buenos Aires
en el mes de junio de 1997.

Distribuidor exclusivo:
GALERNA
Charcas 3741
Buenos Aires, Argentina
Tel./Fax: 831-1739/4458

ISBN 950-694-496-2

Ilustración de tapa: Honoré Daumier

Navegando entre la realidad y el mundo de los sueños, Julio Ardiles Gray ha construido estos diez cuentos. La realidad es la de su infancia y adolescencia provincianas y, aunque su prosa esté cargada de ironía, ha sabido dibujar sus personajes con gran ternura. Su manejo armonioso del idioma castellano lo sitúa entre los mejores narradores de su generación. Algunos de estos cuentos fueron publicados en *La Nación* de Buenos Aires, y en *La Gaceta* de Tucumán.



Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano